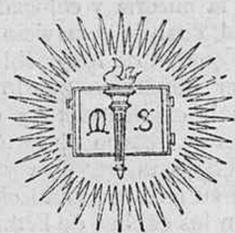


La Ilustración Artística



AÑO XVII

← BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1898 →

NÚM. 870



Una belleza de Nueva Zelanda (de fotografía de Standish y Preece, de Christchurch, Nueva Zelanda)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie del presente año que será NAPOLEÓN III, obra interesantísima de M. Imbert de Saint-Amand, ilustrada con multitud de grabados.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Castelar. — *Félix Possart*, por J. Fastenrath. — *¡Arre, borrico!*, por M. J. Quintana. — ... *Vida nueva*, por M. Amor Meilán. — *Crónica de la guerra*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Mentira sublime*, novela (continuación). — **Varios.**
Grabados. — *Una belleza de Nueva Zelanda*. — *Félix Possart*. — *La Giralda de Sevilla. Bosque de palmeras en Elche. El Escorial. Portada de la abadía de Engelberg. Torre de la Vela de la Alhambra*, cuadros de F. Possart. — *Jardines de la infancia*, cuadro de J. Schlesinger. — *La canción predilecta del sultán*, cuadro de A. Fabrés. — *D. Pedro de Madrazo*. — *El conde de Xiquena*. — *M. Julio Cambón*. — *Monumento erigido en Viena á Hans Makart*. — La rueda colosal que se está construyendo en París. — Tracción de un vagón por medio de un globo. — *Después del baile*, cuadro de M. Seña.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Nuestras desgracias. — Meditaciones sobre las causas de tanto mal. — Procederes de la Revolución en la primer guerra cubana. — Procederes de la Restauración en la última. — Necesidad del servicio universal obligatorio demostrada por los recientes sucesos coloniales. — Métodos seguidos en nuestros casos tristísimos. — El método guerrero y el político y el diplomático. — Grandes complicaciones que trajeron éstos, los últimos aplicados sin oportunidad. — Reflexiones. — Conclusión.

¡Cuán desgraciados los españoles! Pongámonos á considerar nuestras desgracias, aunque atontados por el golpe recibido. Recordemos la historia para que nos sirva su experiencia de verdadera enseñanza. La Revolución se halló también de manos á boca con una guerra civil en Cuba, y disminuyó su gravedad no dándole nunca la importancia dada por la Restauración en estos días á tal fenómeno; grave falta, pues no conviene aumentar una enfermedad con las aprensiones y cavilidades del enfermo. ¿Qué hizo la Revolución? Dos cosas de la mayor importancia: primera, proveer el ejército destinado á la guerra tropical con recluta voluntaria, cuyas deficiencias, y únicamente las deficiencias, se cubrían y llenaban por grados y en la necesaria medida con el ejército de línea; segunda, decidir que, manteniendo Cuba la guerra, se pagara Cuba tan extraño gusto. No debe darse á las guerras civiles coloniales el carácter importante que toman las guerras civiles internas. Holanda tiene una guerra de veinte años en Sumatra; Portugal una guerra periódica en el continente africano del Mediodía, fomentada por codicias germánicas y británicas; Inglaterra otra en el Afganistán y en el Pamir perdurable: no les hacen caso. Siempre me pareció un error grave asemejar una guerra colonial en las Antillas á una guerra civil en las provincias. El foco de la guerra cubana estuvo en Oriente. Con haber dispuesto la bastante fuerza para impedir el paso de los insurrectos del Oriente al centro y al ocazo de la isla, terrenos feraces y crasísimos, estábamos del otro lado. Con haber distribuido á su tiempo unos cincuenta mil hombres á lo sumo para preservar los centros capitales de la isla é impedir á los insurrectos la posesión de un poblado en que hubieran podido darse aires de beligerantes, todos los deberes nuestros y todo nuestro ministerio con nuestras finalidades se hallaban de sobra cumplidos.

Pero una opinión pública extraviada tomó como el non plus ultra de la guerra el envío de doscientos mil hombres, número propio de las grandes guerras, contra una intangible nube de insurrectos, la cual, evaporadísima siempre y no condensada nunca, ni frente daba por nuestro mal á los soldados, ni hacía otra cosa que agitar la isla estérilmente, presentando pretextos al mundo americano para proceder á la injusta intervención y decidir sus malditas mediaciones. Y no se había contado con el clima. El plomo de los mambises no mataba soldados españoles ó mataba pocos; los mataban aquellos microbios tropicales reclusos en el agua de las bituminosas marismas, mares muertos y mortales, parecidos á vorágines del infierno. Regimientos que por marzo de este año contaban allí mil hombres, por abril descendían á trescientos. Y este combate, no con los hombres, con los elementos, donde la derrota sin gloria y sin esfuerzo provenía de un clima sin piedad, elaborando para los hijos de las zonas templadas, no el oxígeno de la vida, el hálito de la muerte, hizo recaer la opinión sobre un retroceso, debido á

la serie de reacciones con que se inauguró para nuestro mal y desgracia el período de la Restauración sobre la redención por dinero, excluyendo del servicio, mediante rescate, á las clases acomodadas, y defiriendo el cuidado de la patria y la formación de su ejército á los más desdichados y míseros, á los consumidos por la miseria y colocados en el dintel de la mendicidad, cuando el servicio universal entra ya en el sentido común de los pueblos contemporáneos como deber imperioso puesto al reverso del sufragio universal, explicándolo y completándolo. Daba satisfacción en tiempo de la República, organizadora del servicio universal, ver soldados, muy distinguidos por su aire, llevando el uniforme militar igualitario, en los coches de la tradicional nobleza y de la nueva banca; con lo cual se demostraba cómo todas las clases se confundían tanto en la igualdad de sus deberes cuanto en la igualdad de sus derechos. Así que las familias pobres experimentaron la falta de sus hijos, inmolados por un enemigo invisible, comenzaron á comprender que se habían enviado las prendas de su corazón allá por miserables y á producir un movimiento en favor del servicio universal obligatorio, con apariencias de reforma técnica, y con un fondo muy democrático, por no decir muy republicano. Si el servicio se hubiera extendido á todas las clases acomodadas, éstas hubieran cuidado de que sus corazones, la sangre de su sangre, las entrañas de sus entrañas, no hubieran sido devorados por los ardores del trópico, formándose coloniales ejércitos de indígenas fieles, como aconseja la ciencia y como tienen otros pueblos más adelantados y felices que nuestro propio pueblo. El movimiento resultó tan formidable, que lo tomó en consideración el poder legislativo; y este movimiento proviene de haber tenido en los postreros cinco lustros despreciado el servicio universal obligatorio, y de no haberse nada hecho absolutamente ó haberse muy poco hecho en materia de fuerzas coloniales. ¡Cuántos problemas han surgido de la guerra cubana! ¡Y cómo habrá la nación de ocurrir á resolverlos, si no queremos acompañe ó suceda su remedio á nuestra disolución colonial nuestra disolución interior!

No podía complacer á nadie la guerra, tal y como se ha conducido en el primer período. Empezaron los gobernantes aquellos por propensiones de reconciliación y por materiales reminiscencias del Zanjón, mientras se necesitaba caer con golpe tremendo sobre la insurrección aplastándola con furia española en sus gérmenes; y acabaron por símbolos de intransigencia y de cólera, menos comprensibles cuanto más vigilados nos veíamos y más requeridos á procedimientos llamados por la perfidia de nuestra enemiga, la sociedad yanqui, humanitarios, mientras se apercibía ella con cautela indudable á comenzar y á sostener el más horrible atentado que han conocido los tiempos en guerra cruel y bárbara. Mas fueran acertados ó no fueran acertados los procedimientos en el primer trienio seguidos, ninguno trajo las consecuencias esperadas con anhelo general; ninguno trajo la pacificación pronta, ni el método primero de conciliación, más ó menos aparente, ni el método segundo más ó menos aparente de intransigencia y rigor. La enfermedad continuaba en gravedad suma, complicándose á cada paso con la cuestión exterior, exacerbadísima por un presidente propenso, al contrario de su eminente antecesor, hacia la guerra y hacia la conquista.

Entonces la inopia de ilusiones y esperanzas forjó para concluir la guerra civil, amén del método natural, es decir, del método guerrero, dos otros métodos, conocidos con los nombres de método diplomático y método político. Mala para mí toda guerra; pero entonces preferible á procedimientos de una verdadera indefinición en sus términos y de una imposible práctica en sus aplicaciones. El método diplomático significaba tratos con los Estados Unidos y con las primeras potencias del mundo á la hora en que los Estados Unidos y las demás potencias del mundo estaban más intratables. El método político significaba reformas improvisadísimas, inoportunas en medio de la guerra, muy saludables de haberlas puesto por obra dos lustros antes; trocadas por su inoportunidad manifiesta de medicina en Extremaunción. Por estas razones me opuse yo, conociendo como el partido liberal no tenía remedios, sino agravaciones del mal, á que subiese hasta un gobierno en que sólo podían aguardarle catástrofes, aconsejándole reservase sus fuerzas para el remedio en lo posible de esta catástrofe, cuyo estallido tocara por decretos providenciales á sus predecesores en suerte y no había para qué participar de tal suerte adversa. Pero nadie me hizo caso. Aquí ha tiempo gobierna un

poder anónimo é irresponsable, mucho peor que el poder anónimo é irresponsable de las Convenciones republicanas y de las Asambleas constituyentes; una prensa muy temida, y esta prensa llevó los liberales como de la mano al gobierno por cambiar de postura en el triste lecho de nuestra irremediable agonia y por hacer que hacemos. Cosa inconveniente cambiar los tiros de una diligencia en medio del vado, aunque parezca el vado fácil. Los conservadores se ufanaban de tener casi concluida la guerra, y aunque fueron estas creencias ilusiones del deseo, creyeronlos mucha gente; sobre todo, creyólos á pies juntos la oposición, quien forma en España la mayoría de los opinantes y constituye por ende, á su guisa y gusto, la opinión universal. Se complicaron los tres métodos, embarazándose unos con otros, como tres clases de medicinas propinadas á un enfermo grave, las cuales únicamente sirven ya en tales extremidades, no á procurar el remedio, á precipitar el desahucio.

Si con el cambio de dirección y de procedimiento en la guerra; con las dos constituciones autonómicas dadas por el poder ministerial convertido en poder constituyente; si con el triste arribo de los radicales y de los exagerados al gobierno cubano se conseguía la paz, bien hecho estaba todo; pero si, al revés, nada se conseguía, ¡cuánto se agravaban nuestros males con reformas progresivas dadas en tiempos tan opuestos á todo progreso, cual son los tiempos de guerra, litigio armado y violento, en que un despotismo se opone á otro despotismo, huyendo de sus cruentísimos senos la libertad y el derecho! Toda guerra es pésima: lo son las mismas guerras libertadoras que, si suelen traer á la larga buenas consecuencias, por el pronto lo perturban todo y proscriben la libertad y el derecho. Si para sustentar y conseguir la paz internacional se han tenido que suspender las garantías constitucionales aquende los mares, ¿cómo allende se aplicó el más amplio régimen de gobierno propio y propio derecho reinando una guerra, y una guerra cruel? El método político tenía que marrar por inoportuno, y tenía que marrar el método diplomático por imposible. Ni las constituciones autonómicas ni los trabajos diplomáticos dieron fruto provechoso de ningún género: las unas, recrudesciendo aquella grande agitación y reanimando la guerra entre incondicionales y avanzados, produjeron las manifestaciones ocasionales de la entrada del *Maine*, buque nefasto, en nuestra grande bahía colonial; mientras las otras concluyeron atrayendo al fin y la poste una injustificada é increíble declaración de guerra internacional. Fueron ambas medidas como esos pararrayos que, teniendo soluciones de continuidad en sus hierros ó interposición de materias malas conductoras del fluido eléctrico, no con juran las incendiarias centellas, las atraen y llaman. Así, de golpe horroroso en golpe horroroso, nos encontramos con una declaración de guerra, cuya responsabilidad no toca ni puede tocar á ningún estadista ni á ningún gobierno español, cuya responsabilidad toca y pertenece á quien la concibió sin razón y la declaró sin motivo, por un acto de voluntad, tan arbitrario como el, que pudiera concebir y poner por obra el capricho de cualquier despota endiosado. Creíamos que sólo eran emperadores, dioses y bestias al mismo tiempo, los Ciro, los Sardanápulos, los Baltasares, los Jerjes, los Nabucodonosores; sonlo también los pueblos, y los pueblos republicanos, cuando pierden su naturaleza propia y reniegan del fin y objeto para que fueron criados. Después del *ultimatum* requiriéndonos para que abandonásemos Cuba, no podíamos de modo ninguno abandonarla sin una declaración solemne de nuestro derecho y sin una protesta material en armas. Y como ahora los conservadores aseguran que jamás hubieran llegado hasta la guerra, debe lamentarse no precediesen á las conferencias habidas entre nuestro gobierno y los llamados por la opinión estadistas ó conspicuos, al proponerse la paz, otras semejantes al declararse la guerra. Quizás entonces alguno propusiera una manifestación de nuestras fuerzas frente á las fuerzas contrarias; de nuestros recursos frente á los recursos enemigos; de nuestra posición en el golfo mejicano frente á la posición americana; y propusiera una dejación de nuestro derecho en Cuba, so intimaciones incontrastables, sin esgrimir un arma y apelando á la conciencia universal. Mas una cosa es proponer desde abajo y otra ordenar desde arriba. Cualquier ministerio español, colocado en la situación del ministerio gobernante ahora, hiciera lo hecho por éste: aceptar una guerra no querida por él é impuesta por ese conjunto de fuerzas á cuyo resultado y suma llamamos *la fatalidad*.

Mondáriz, 21 de agosto de 1898.



FÉLIX POSSART

En la Exposición de Bellas Artes que recientemente ha celebrado el ayuntamiento de Barcelona han figurado, entre otros, algunos magistrales cuadros de un artista alemán, enamorado de lo bello y entusiasta de la España del Sur, que tan bien ha sabido comprender é interpretar en sus exquisitos lienzos, presentándonos los desiertos palacios árabes evocados por el vate romántico Zorrilla, con los mágicos encantos de la antigua cultura moruna, poniendo tonos de fuego y ráfagas de carmín y sorprendiendo el reflejo, y todo con pulso seguro, con acierto instintivo, con perspectiva artística.

Los hermanos Possart son artistas geniales.

El uno, *Ernesto de Possart*, ennoblecido por el príncipe regente de Baviera, es el príncipe de los actores alemanes, el singular *Ricardo III* de Shakespeare, el simpático rabino de la comedia alsaciana de Erckmann-Chatrian *El amigo Fritz*, el *Napoleón* de la famosa comedia de Sardou *Madame sans gêne*, conocida en España con el título de *La corte de Napoleón*; el aplaudidísimo *Mafredo* de lord Byron, el recitador inimitable de las poesías de Schiller, el restaurador de la ópera de las óperas, el *Don Giovanni* de Mozart, dándole su brillo primitivo en la escena alemana el intendente del teatro Real de Munich, que estrenó tres comedias de Bretón de los Herreros con motivo del centenario del gran comediógrafo castellano. El otro, *Félix Possart*, es un jurisconsulto pintor que ya cuando joven vivió la vida del trabajo por el ideal, con pasión y fiebre que persigue lo bello con ansias de locura y tormentos de enamorado. Lo bello le desvelaba y desasosegaba. Iba por el mundo con el alma herida y jadeante, buscando siempre la amada belleza. No se desilusionaba si alguna vez se le mostraba esquiva. Pero mientras su hermano era un hijo mimado de la Fortuna pudiendo seguir su vocación sin estorbo alguno, *Félix* se consideraba desdichado por los paréntesis tan largos que había en su vida de pintor, debiendo de emplear en la carrera jurídica los años más aptos para las creaciones artísticas.

Nació *Félix* en Berlín el 7 de marzo de 1837. Ya en 1853 despertó en él la afición á la pintura que ha celebrado el mismo Savonarola, cuyo centenario se ha celebrado hace poco. Pero el destino hizo de *Possart* en primer lugar un jurisconsulto y después un artista, un paisista como Rusiñol y Galofre. La patria le llamaba á ser uno de sus soldados en las guerras de 1866 y 1870.

Antes de ostentar la cruz de Carlos III y la de Santiago, que le dispensaron España y Portugal en recompensa de sus méritos artísticos, recibió la cruz de Hierro como soldado alemán.

En 1871 fué nombrado juez en la ciudad de Küstrin y después formó parte del tribunal de Berlín. Por fin trocó la ciencia árida de Justiniano por el arte de Fortuny, y emprendió viajes de estudio, acompañado de su maestro el profesor Eschke, llevándolo su primera expedición á Inglaterra. Los resultados de aquel viaje encantaron sobre manera al profesor Gude, que dirigía en Berlín los estudios de los paisajistas.

Teniendo encarnado en su alma el sentimiento de lo bello, había de inspirarse en la España meridional, en la privilegiada Andalucía, que ha enamorado también á nuestro Seel y al holandés Isaacs.

La visitó en 1882, 1883, 1885, 1890, 1891 y 1895. Mencionaremos entre sus paisajes más preciosos *El patio de Arrayanes en la Alhambra*, que posee el emperador de Alemania; *El jardín del Generalife*, que compró el rey de Sajonia. Otros notables cua-

dro de *Possart* son *Las palmeras de Elche*, que posee la reina regente de España; *El Escorial cubierto de nieve*, que compró el príncipe hereditario de Meiningen; *El patio de Lindaraja*, de que se precia mi pequeña galería; *La sepultura de los benedictinos en la abadía de Engelberg* (Suiza), que adquirió un Museo de Melbourne (Australia); *La entrada de Nuestro Señor en Jerusalén*, que adornó la Exposición de Berlín en 1896.

Pero ¿á qué seguir? Lo que quiero es que estas líneas que á vuela pluma escribo no las estime nadie como bombo de encargo.

Possart no es sólo un excelente paisista, sino también un retratista. España es su taller, y su estudio



FÉLIX POSSART

es su recreo. Los artistas de España y Portugal aprecian á *Félix Possart* como un hermano que cumplió la honrosa misión de invitar á los artistas españoles y portugueses á los certámenes de Berlín. Y como yo y como toda Alemania, simpatizará siempre con esos Quijotes eternos del idealismo, hoy tan afligidos por los males de la patria, que se llaman hijos del Cid.

¿Qué dirían los Ficknor y Washington Irving, tan enamorados de España, si resucitasen y vieses en toda su repugnante desnudez la felonía, la barbarie y la vileza de sus compatriotas?

JUAN FASTENRATH

Colonia, 1898.

¡ARRE, BORRICO!

(Racconti. - E. Marchi.)

- ¿Sabes lo que se me ocurre, Colás?, dijo Maripepa á su marido dándole una palmada en el hombro.

- ¿Qué se te ocurre, mujer? Di.

- Pues que mañana así que amanezca cojas el carro y el-borrigo y te vayas á Madrid con Colásín á ver al amo, y le cuentes lo que nos pasa con su administrador, ese pícaro, canalla, mal hombre...

- Bueno, iré; ¿y qué le digo?

- Si te lo estoy diciendo, hombre. Dile al señor conde que el administrador nos ha despedido porque le debemos cincuenta pesetas de alquiler. Dile que eres el marido de la que durante ocho meses le dió de mamar cuando murió la señora condesa su madre, que en la gloria esté. Ya se acordará en cuan-

to se lo digas, y eso que hace muchos años que no le veo..., nunca viene por aquí y así anda ello. Nada, está dicho, mañana te vas y le hablas... Ahora á dormir, que ya es tarde. Colásín, añadió Maripepa despertando á su hijo que dormía al calor del hogar; Colásín, apaga la lumbre, y á dormir, que tienes que madrugar.

Poco después, en la casucha de Maripepa y Colás sólo se oían los ronquidos profundos y sonoros de Colás, con los cuales hacían dño, de tiempo en tiempo, el canto de los gallos del pueblo.

Treinta años hacía que Maripepa y Colás eran marido y mujer; ella era guapa, fresca, rolliza y fuerte como un roble; él era un hombre del campo, trabajador incansable y que jamás tuvo el menor dolor de cabeza. En aquella casucha, que fué del padre de Colás y tuvieron que vender, había nacido él y los cinco hijos que le dió su mujer; de los cinco cuatro habían muerto, y sólo les quedaba Colásín, el menor, que tenía quince años.

Maripepa y Colás habían trabajado mucho, mucho, para salir adelante y mantener la prole; no debían nada y lo pasaban regular; pero vinieron años malos, la muerte de un hijo, á la que siguió la de otro y más tarde perdieron también los otros dos. Esto, y una grave enfermedad que sufrió Maripepa, los hicieron retrasarse en los pagos y caer en deudas; el trabajo faltaba, y de año en año y de mes en mes vendiendo lo poco que poseían no podían ya ganar lo bastante para comer. La miseria con todos sus horrores entraba por la puerta de su modesta vivienda.

- ¡Arriba, Colás, que ya amanece!, gritó Maripepa. Colásín, hijo, levántate y prepara el carro y el borrico, que vais á *dir* á Madrid con tu padre.

Mientras el muchacho enganchaba el borrico al carro y Colás se vestía, Maripepa repetía á su marido lo que había de decir al señor conde, recomendándole que no se embarullase al hablarle.

- Dile lo que nos pasa; cuéntale nuestras desgracias... Dile que el pícaro de su administrador nos arroja de esta choza porque le debemos diez duros. No te cortes ni te dé vergüenza, ¿oyes? ¿Estás enterado?

- Sí, mujer, sí, respondía Colás.

Maripepa dió á su hijo un pedazo de pan, colocó sobre las espaldas de su marido la única manta, muy vieja y rota, que había en la casa, y desde el umbral de la puerta los vió alejarse camino de Madrid; cuando el recodo que formaba la carretera los ocultó á su vista, la pobre Maripepa entró en la habitación, tomó un pedazo de pan y medio tomate, y sentándose junto al hogar, que no tenía lumbre, se puso á comer su frugal almuerzo, exclamando á intervalos:

- ¡Jesús, Señor Dios, Señor Dios, qué va á ser de nosotros si el señor conde no está en Madrid!..

La mañana era fría y nebulosa, como son generalmente en noviembre; caía una lluvia menuda que calaba hasta los huesos. Colás y el chico iban á pie para no cansar al borrico; en el carro llevaban dos gallinas, algunas frutas y dos docenas de huevos; era el regalo para el señor conde. Caminaban sin hablar palabra; el chico tiritando de frío, el padre en lo íntimo de su cerebro pensaba:

- Tiene razón Maripepa; los amos no saben nunca cómo van las cosas; tienen criados y administradores que lo arreglan todo, y ellos no se cuidan... Cuando el señor conde sepa cómo estamos, tendrá compasión y nos protegerá.

Animado por sus íntimos pensamientos que acomodaba á su manera y gusto, quedóse un poco atrás; apretando el paso y como si el pobre borrico tuviera la culpa, al llegar al alcance de su brazo le

descargó un palo en el huesudo lomo, exclamando como tenía de costumbre:

— ¡Arre, borrico!

El animal sacudió las orejas en señal de protesta, y volvió la cabeza del lado donde iba Colasín. Tal vez le pedía protección, porque eran amigos.

La carretera estaba llena de baches, en algunos de los cuales entraban las ruedas del carro hasta el cubo; Colasín guiaba al animal lo mejor que podía; el pobre chico se arrimaba al borrico para calentarse. En un sitio donde estaban componiendo el camino, tuvo que guiar al borrico para que no cayese en el fango; éste era tan denso, que a Colasín, mirándole, se le ocurrió alguna idea, y haciendo una mueca peculiar dijo:

— Padre, si fueran sopas, ¿eh?..

— Te las comerías, chico..., y yo también, mira...

Y recordando que no se habían desayunado aún, sacaron dos pedazos de pan.

— El vino nos viene del cielo, dijo el padre aludiendo a la lluvia, que apretaba cada vez más; en fin, añadió, todo sea por Dios.

— Amén, respondió Colasín.

Colasín mordía el pan y volvía a pensar en su Maripepa, en el señor conde, en el administrador, en su deuda, en sus hijos muertos, que podían ayudarle ahora si viviesen..., su Maripepa no trabajaría tanto...

Y sin duda para ahuyentar sus negros pensamientos, se acercó al sufrido borrico y le descargó el palo acostumbrado, gritándole:

— ¡Arre, borrico!

Colasín, cuando hubo terminado de comerse el pedazo de pan, se puso a cantar. Colasín, sin hablar palabra y con la cabeza baja, caminaba, caminaba aguantando el chubasco.

El borrico de vez en cuando sacudía las orejas.

Llegaron al cabo a una de las puertas de entrada de Madrid; los de consumos salieron al encuentro para registrar el carro mientras Colasín les decía:

— La miseria no debe pagar puertas, ¿verdad?

Entraron en Madrid; a los veinte minutos llegaron a una calleja retirada y se pararon ante una puerta muy grande, de la cual sólo había abierto un postigo. Era una de las puertas de servicio del palacio del señor conde.

Colasín cogió las gallinas y la cesta donde traía los huevos y las frutas para el «señor conde» y entró en el palacio, recomendando a Colasín que le esperase allí sin moverse.

— Y al borrico, preguntó Colasín a su padre, ¿puedo darle la paja que hay en el carro?

— Sí, pero estará mojada.

— ¡Bah!, contestó Colasín, ya la comerá.

Colasín subió la escalera de servicio, que ya conocía por haber estado hacía años; al llegar a la primera puerta que encontró, la abrió tímidamente y asomando la cabeza dijo:

— Ave María, ¿se puede entrar?

— ¿Quién es?, respondió una voz; adelante, adelante.

Entró Colasín, quitóse el sombrero que chorreaba agua y dijo:

— El señor conde... ¿está?

El criado, que no conocía a Colasín, al ver su facha y aspecto respondió:

— ¿Qué se le ofrece, amigo?

— Pues... tengo que hablar con el señor conde. Soy el marido de Maripepa y...

— ¿Qué trae usted en esa cesta? Aquí no se puede entrar con eso.

— Son frutas y huevos frescos que Maripepa envía al señor conde, interrumpió Colasín.

Y luego, ocurriéndole una idea feliz para granjearse la buena voluntad del criado, añadió:

— Mire usted, después de todo, el señor conde tendrá en su mesa esto y mucho más... Tome usted

algunas frutas, pruébelas, son buenas..., y si quiere usted también tome algunos huevos.

— Hombre, ya que usted es tan generoso, tomaré por no despreciarle...

Y metiendo las manos en la cesta, cogió cuatro huevos con la mano derecha y las frutas que pudo abarcar con la izquierda.

— Estimando, amigo, dijo.

Abrió el cajón de una gran mesa que había en la habitación y guardó cuidadosamente el regalo.

Entretanto Colasín, sin esperar a que le preguntase, le dijo que venía al ver al conde de parte de Maripepa, le explicó su situación, y logró, merced a las frutas y a los huevos, captarse la «protección» del «portero de estrados.»

— Siéntese, siéntese, dijo a Colasín; aquí, cerca de la chimenea para que se caliente y seque algo la ropa. ¡Pobre hombre, pobre hombre!.. Pues mire,

— ¿Y por qué no sube?, le interrumpió el criado.

— Porque no puede quedarse el carro solo.

— ¡Ah!.. Conque ha traído usted el chico y el carro, ¿eh?

— Sí, señor, y como no cesa de llover, mi pobre Colasín estará hecho una sopa...

— ¡Pobrecillo!

Pasó otra media hora; Colasín no sabía ya qué postura tomar. Pensaba en el señor conde, en Colasín, en Maripepa, en Maripepa sobre todo... No podía moverse de allí sin ver al señor conde que, según decía el criado, era tan bueno, tan generoso. En viéndole y hablándole de sus cuitas, estaba seguro de que le socorrería.

— Conque dice usted que el señor es tan bueno, ¿eh?, le preguntó al criado.

— Tiene un corazón de oro, respondió el criado, y es muy generoso... Ayer, ayer mismo dió tres mil duros a un amigo suyo para pagar una deuda que tenía. Y no crea usted que fueron prestados, no; se los dió de regalo. Yo mismo se lo oí decir al señor conde y oí también a su amigo que no se cansaba de darle gracias y de abrazarle.

— ¡Jesús mío, exclamó Colasín; tres mil duros!.. Dados así, de regalo... Dios le bendiga y se lo aumente para que pueda dar. ¡Jesús, tres mil duros!..

El pobre Colasín repetía esa cifra en su mente y se decía que no era posible que el señor conde le negase los diez duros, no era posible. De pronto se le ocurrió una idea. Si en lugar de los diez duros le pidiese veinte, se los daría lo mismo. Para el señor conde era igual diez que veinte. ¡Qué alegría tendría Maripepa!.. ¡Verle entrar con el doble de lo que necesitaban por el momento!..

Tal era la alegría de Colasín, que tuvo que pasarse la mano por la frente, pues le parecía que sudaba.

Y siguió en sus pensamientos de esperanza y de alegría; tanta convicción tenía que, una vez que iba a pasar por la vergüenza de pedir eso al señor conde, como era tan bueno y tan generoso, ¿por qué no pedirle también algún caballejo viejo que no le sirviera ya? A Colasín le era muy necesario, pues el pobre borrico no podía más... ¿Qué era para el señor conde un caballo, aunque fuera algo cojo? ¡Tenía tantos!..

De seguro Maripepa se volvería loca de alegría al verle entrar en el pueblo subido en el carro, con el caballo en las varas y Colasín montado en el burro.

El señor conde era bueno y generoso. ¡Quién sabe hasta dónde llegaría su generosidad!.. Después de todo, Maripepa había sido su segunda madre, le había criado algunos meses, le había dado su sangre... No era posible que el señor conde le negase un favor tan pequeño para él.

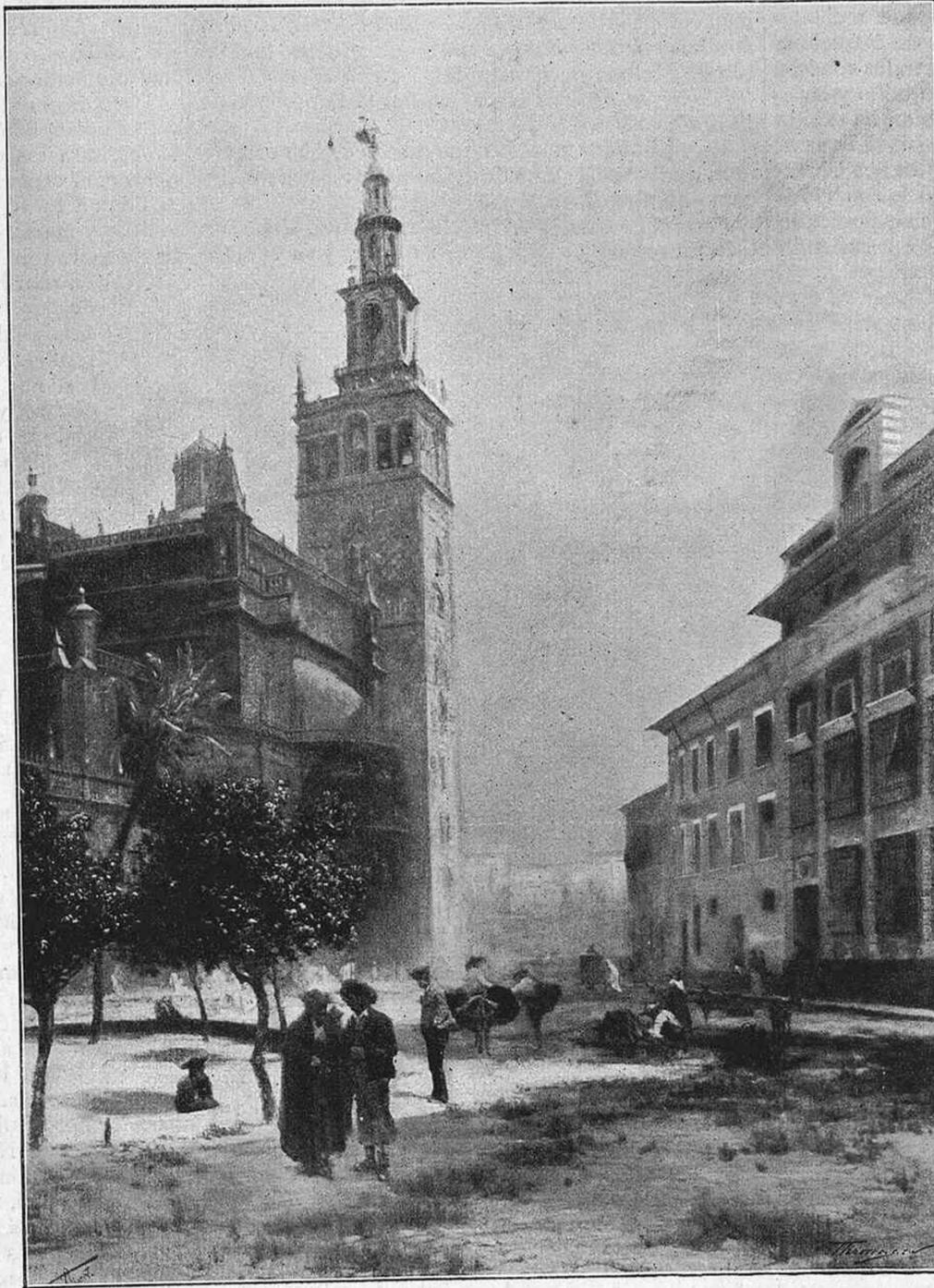
Abstraído en los pensamientos agradables que germinaban en su pobre cerebro, ilusiones que Colasín convertía en realidades, no oyó el ruido de un sonoro timbre que desde el despacho del «señor conde» llamaba al criado, ni vio a éste levantarse rápidamente y abriendo la mampara de terciopelo que conducía a las habitaciones del conde desaparecer del otro lado de la puerta. Nada vio ni oyó. Su pensamiento entero estaba con Maripepa; ¡iban a ser felices!

Pocos segundos habían transcurrido cuando apareció el criado, y dirigiéndose a Colasín le dijo:

— Lo siento, buen hombre, lo siento; pero...

Colasín seguía abstraído y no prestó la menor atención a lo que el criado decía. Entonces éste, dirigiéndose a Colasín y sacudiéndole bruscamente, repitió:

— Lo siento, lo siento; pero el señor conde no puede recibirle; dice que en esas cuestiones de alquileres no se mete jamás, que vea usted y hable con el encargado, porque el señor conde no tiene



La Giralda de Sevilla, cuadro de Félix Possart

ahora no puedo entrar recado al señor conde, porque tiene dada orden de que no entre sin que llame. Pero cuando llame le diré que está aquí el marido de Juana Pepa...

— De Maripepa, corrigió Colasín.

— De Maripepa, bien; estoy seguro que al saber quién es usted le recibirá. ¡Animo, hombre, ánimo! El señor conde es muy bueno, tiene buen corazón y ya verá usted, ya verá...

Sentóse Colasín cerca de la chimenea, en un blando diván; dejó caer al suelo las gallinas, que estaban ya casi exánimes; colocó la cesta en sus rodillas, los brazos sobre la cesta, y apoyando la cara en los puños, esperó a que el señor conde llamase.

Cansado después de media hora, sin cambiar palabra alguna con el criado, varió de postura; dejó la cesta en el suelo, metió las gallinas dentro de la cesta y se aventuró a preguntar al criado:

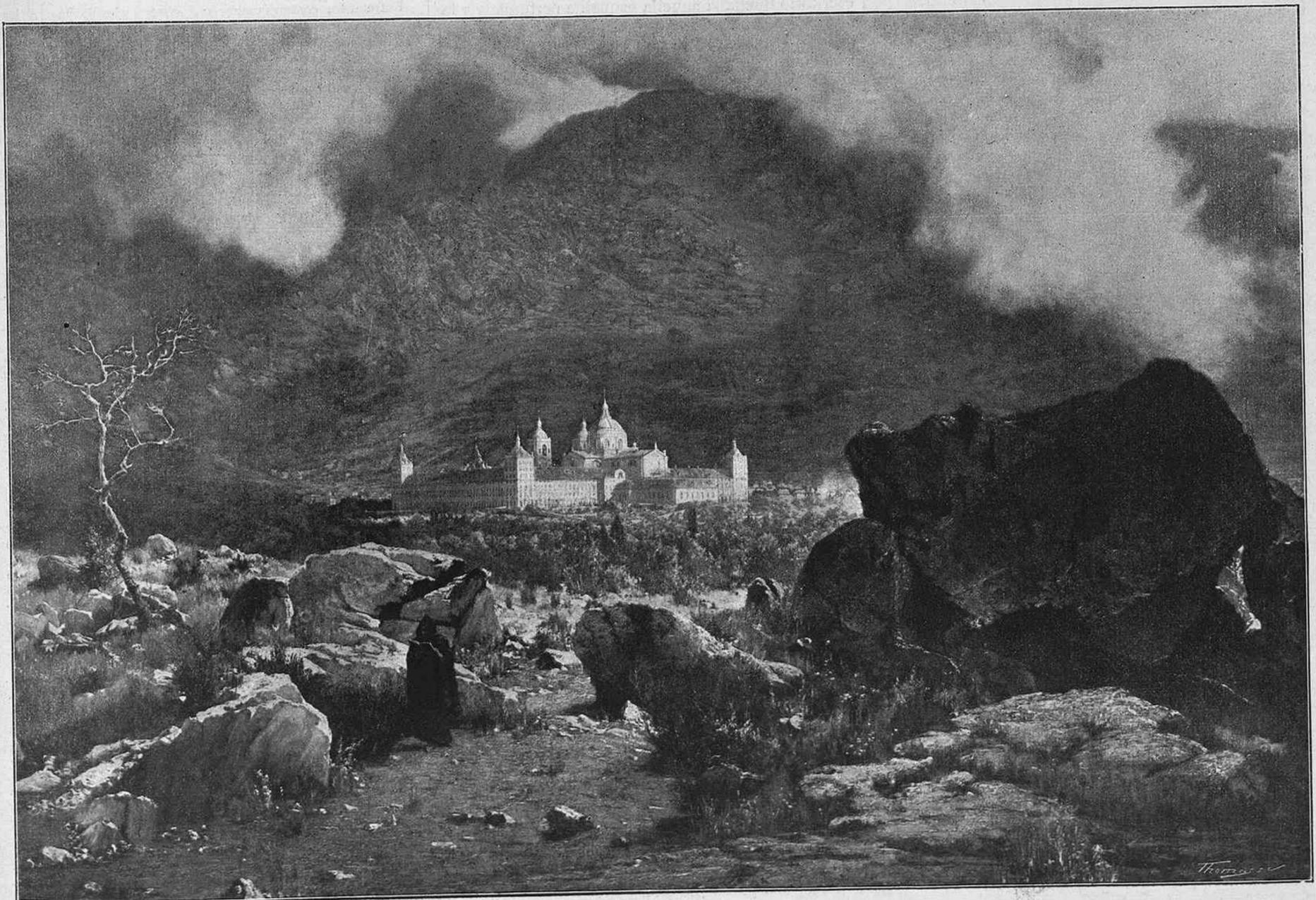
— ¿Cree usted que tardará mucho en llamar el señor conde?

— Hombre, ¿cómo quiere usted que lo sepa?

— No es que esté yo impaciente (y mentía al decir esto), sino que tengo mi chico abajo esperando.



Bosque de palmeras en Elche, cuadro de Félix Possart que posee S. M. la Reina Regente de España



El Escorial, cuadro de Félix Possart

tiempo para ocuparse en esas cosas. Lo siento, caramba, lo siento.

— ¿Que no quiere recibirme el señor conde?, exclamó el pobre Colás con acento angustioso y casi sin comprender lo que oía.

— No puede, no puede; no tiene tiempo. Así pues, buen hombre, es inútil que espere usted más. Váyase y hable con el encargado, con el administrador; váyase pronto a su oficina, que está abajo, porque si tarda usted, ya se habrá marchado.

Y al decir esto empujaba a Colás hacia la puerta de salida.

Colás repetía maquinalmente:

— Al encargado, al administrador, ¡eh! ¡Bueno está él! Es causa de nuestra ruina.

Y olvidándose de la cesta, de las frutas, de los huevos y de las gallinas, salió al descansillo de la escalera, se agarró con una mano a la barandilla y paso a paso bajó aquella escalera que horas antes subiera lleno de esperanzas.

Abajo en la calle encontró a Colasín, al carro y al borrico que esperaban pacientemente; Colasín se había metido dentro del carro, y envuelto en la paja húmeda, se había dormido. Colás le despertó diciéndole:

— ¡Vamos!

Y maquinalmente, levantando en alto la vara, descargó el palo sobre el lomo del pobre borrico, exclamando como tenía de costumbre:

— ¡Arre, borrico!

Emprendieron la marcha; la vuelta era triste, sin esperanza alguna. ¿Qué iba a decir Colás a Maripepa? ¿Podría ella figurarse que no había visto ni hablado al conde por torpeza ó cortedad suya? ¿Tenía él la culpa? ¿No había esperado pacientemente más de cinco horas? Para disponerle en su favor había regalado frutas y huevos al criado...

Y al pensar en esto, se acordó que había olvidado la cesta, con lo que contenía y las gallinas. Tuvo idea de volver a recogerlas; pero ya ¿qué importaba? Mejor, así él y Maripepa eran más generosos que el señor conde.

Al salir fuera de puertas, Colás dijo al muchacho:

— Colasín, monta en el carro; ahora es cuesta abajo; anda, sube y descansa.

— Y usted, padre, ¿irá andando?

— Sí; no estoy cansado.

Colasín subió al carro, se acomodó entre la paja y no tardó en quedarse dormido. Colás iba al lado del borrico, que no necesitaba guía, pues conocía el camino; el pobre hombre, con la cabeza baja, mirando a los baches y lodazales del camino, no hablaba palabra. De vez en cuando se llevaba la mano a la cabeza y se apretaba el sombrero. Era la manifestación exterior de la tempestad que llevaba en su pobre cerebro.

De pronto se paró el borrico. Colás dió algunos pasos sin notarlos; cuando se apercibió, volvió atrás, levantó la vara, sin dejarla caer esta vez, y gritó al animal:

— ¡Arre, borrico!

Al caer de la tarde llegaron al pueblo. Maripepa en el umbral de la puerta los esperaba; por el aire sombrío y triste de Colás adivina el resultado desfavorable... Se apresura al encuentro de Colás, llega a él, le pone las manos en los hombros y con voz ronca le dice:

— ¡Dios no quiere ayudarnos!.. Ven, las sopas están esperando, luego me contarás todo.

— No tengo gana, responde Colás.

— Ni yo tampoco, dice Maripepa; pero Colasín... Llamaron al muchacho, que estaba desenganchando al borrico, y le dijo su madre:

— Cena, Colasín, cena. Todas las sopas son para ti. Ni yo ni tu padre tenemos gana.

¿Qué les importaba ya nada, ni aun el comer?.. Dentro de pocos días no tendrían siquiera aquellas sopas ni tendrían casa ni hogar. Tendrían que salir del pueblo donde habían pasado toda su vida, donde quedaban los huesos de sus hijos sin tener el consuelo de que los enterrasen junto a ellos en aquel cementerio donde blanqueaban también los restos de sus padres.

Para ellos no había ya esperanza; saldrían del pueblo acompañados de la miseria, pedirían limosna, y al fin, al fin irían a parar a un hospital, lejos, muy lejos de aquel pueblo, de aquella iglesia, de aquellos campos... morir en un hospital, tirados al hoyo grande, sin una cruz, sin un recuerdo...

Colasín, hambriento, hizo honor a la cazuela de sopas y se quedó tan repleto que le rindió el sueño.

Figurábase que caminaba al lado del carro y oía la voz de su padre que gritaba:

— ¡Arre, borrico!

Colasín era feliz, completamente feliz en aquel momento.

M. J. QUINTANA

..... VIDA NUEVA

«Año nuevo, vida nueva,» habíase dicho la cortesana.

Y no lograron disuadirla ni los brocados que atesoraba su ancho y luciente armario de luna, ni los brillantes engarzados en el oro de sus joyas, ni los muelles tapices que pisaban sus pies menudos, encerrados en blancos zapatos de seda que pudieran perfectamente servir a Cendrillon, por lo enanos.

Con la mirada atenta y fija en la esfera del reloj, esperaba la última campanada de las doce del 31 de diciembre, mientras sentada ante su elegante y tallado escritorio, redactaba con garrapata letra una carta sobre fino y pajizo papel vitela, carta que tenía todas las trazas de una esquelita mortuoria.

En aquella hoja de papel había escrito:

«Ninón ha fallecido. — Su testamentaria María G... ruega a sus amigos la olviden por completo, a fin de que pueda vivir tranquila y sosegada en el honrado mundo al cual acaba de pasar.

»31 de diciembre de 189...»

Sí; Ninón, que con tal nombre era conocida en el mundo galante, María G..., como se llamara en otro tiempo, habíase cansado ya de la vida febril y agitada de los amores fugaces y venales, como en otro tiempo se cansara de la vida sosegada y tranquila que llevara en el hogar de sus padres.

Joven aún y hermosa, la encantadora Ninón abandonaba aquel mundo brillante y tentador, en el cual se había arrojado como una mariposa en la luz.

Quemado el polvo de oro de sus alas, echábalas hoy de menos, y lanzando un suspiro sobre sus cenizas, entre un bostezo y una lágrima se dijo:

«Año nuevo, vida nueva.»

Sonó la última campanada de las doce, y ya la antigua cortesana había trocado sus joyas y sus galas por un modesto vestido de calle, obscuro como su porvenir y sencillo como la vida que María había hecho en el pueblo.

Ni una joya, ni una flor, ni un adorno... Nada que recordase a la Ninón. Ni una palabra a su doncella tampoco. Sobre el palo santo de la mesilla de escritorio quedaba aquella esquelita perfumada y lacónica que lo explicaba todo.

Salió en puntillas de la casa, como si cometiera una grave falta. Faltaban algunas horas todavía para la salida del tren que debía conducirla a su pueblo. Entretanto, y como para fortalecerse más en la resolución que había adoptado, dióse a pasar y reparar una y dos y tres veces por delante de los hospitales y los asilos benéficos; y al recordar a las hermanas de la Caridad que, en aquellos momentos tal vez, velaban el sueño de los pobres niños ó de los desvalidos enfermos, oprimíase su corazón y veníanle tentaciones de llorar, murmurando para sus adentros: «He ahí la virtud.»

Hacia un momento que dejara su perfumado gabinete, y le parecía ya que hacía muchos años que Ninón dejara de serlo para convertirse de nuevo en María G..., la pobre menestrala mandada a la villa y corte para ganarse honradamente unos cuantos ochavos más con que atender al sustento de su padre.

Este, casi muerto de vergüenza, dejaba deslizar sus días en la pobre choza, procurando olvidar a la hija que había maldecido con toda su alma desde el punto y hora en que conociera toda la horrible realidad de su deshonra.

Apoyado en el quicio de la puerta, tomaba el sol el Sr. Andrés cuando oyó allá lejos el silbido de la locomotora que llegaba a la vecina estación. Oyó indiferente aquel silbido agudo y penetrante: ¡lo había oído tantas veces y tantos días!

Nada esperaba sino la muerte, y ésta no había de llegar en el tren seguramente. Ya la encontraría a cualquier hora, en cualquier parte, en su lecho al acostarse, en un barranco al marchar, en el mismo camino sin saber de dónde había caído ni cómo ante él se presentaba.

Pero he aquí que por el camino avanza resueltamente hacia la casa una mujer. Viste de negro; humilde mantilla cubre su frente y negros zapatos mate asoman bajo la falda. Su cuerpo rebosa distinción y elegancia. Desde luego, y sólo por el aire, puede juzgarse que es joven, y hermosa también.

Pero aquella cara... sí; a medida que se acerca le parece al pobre viejo que la reconoce, que la ha visto en alguna parte. ¡Calle!.. ¡Pues si es María!

Un grito se escapaba del pecho del padre, que se tambalea. Va a caer; pero no, aún tiene fuerzas para estrechar a Ninón entre sus brazos; aún tiene fuerzas

para hacerle levantar la cabeza y mirar las lágrimas que corren de sus ojos; aún tiene fuerzas para sacudirla, para apretarla con rabia amorosa, para apretarla mucho, mucho y muy fuerte entre sus brazos...

La encantadora Ninón se ahogaba; pero el viejo seguía apretando con más rabia cada vez, y cada vez con más amor. Era un amor loco, un amor de padre refrenado muchos años...

Al fin la soltó, y el cuerpo de María rodó sobre las piedras, inerte, sin vida, congestionado el rostro que parecía exudar sangre, de puro amorado, con los ojos muy abiertos y los dientes muy apretados.

El pobre padre se llevó las manos a la cabeza, y con loco extravío, apretándose las sienes, temiendo que su razón desapareciera para siempre, se arrojó ante el cadáver de la arrepentida sollozando:

— ¡Pobre hija mía! No, no fui yo..., no te maté yo, ¿verdad? Yo no podía convertirme en asesino tuyo... Fué la vergüenza quien te mató, la vergüenza nada más, ¿verdad? ¡Si no hay más que mirarte a la cara!

MANUEL AMOR MEILÁN

CRONICA DE LA GUERRA

Aunque se van explicando los últimos sucesos acaecidos en Manila, las explicaciones que al público llegan no consiguen aclarar el misterio en que muchos de ellos están envueltos. Sábese ya de una manera oficial que el día 5 de este mes el gobierno relevó al general Augustín del cargo de general en jefe del archipiélago filipino; pero se ignoran las causas que pudieron motivar tan extraño é incomprendible relevo. Sábese igualmente que la ciudad de Manila se rindió en la tarde del día 13; pero nadie acierta a explicarse la coincidencia de que esta rendición se efectuara, después de un asedio tan heroicamente sostenido durante más de tres meses, pocas horas antes de que allí llegara la noticia de haberse firmado el protocolo. Y aumentan el misterio que rodea todo esto, el inexplicable viaje del general Augustín a Hong-Kong, después de haber resignado el mando de la plaza en el segundo cabo general Jáudenes, y las insidiosas manifestaciones de algunos correspondientes yanquis acerca de la importancia del combate que precedió a la capitulación.

Diffícil es que por conducto oficial se aclaren todas estas dudas, tanto más cuanto que según declaración del gobierno no se han recibido del general Jáudenes todos los despachos que éste dice haber enviado oportunamente; pero una vez restablecidas las comunicaciones postales, no tardarán en recibirse correspondencias particulares que nos darán la explicación de todos esos enigmas.

Entretanto, contentémonos con conocer los hechos, y los hechos son: que apenas conocida por los norteamericanos la noticia del relevo del general Augustín, el general Merrit y el almirante Dewey intimaron al general Jáudenes la rendición de la plaza, amenazando con el bombardeo si ésta no se entregaba dentro de 48 horas: a pesar de haber sido rechazada la intimación, transcurrieron seis días hasta que se inició el ataque, durante los cuales algunos extranjeros se refugiaron a bordo de los buques neutrales. El día 13 el *Olimpia* disparó el primer cañonazo, rompiendo en seguida el fuego los demás buques de la escuadra yanqui mientras la infantería asaltaba las trincheras españolas. Después de un corto, pero encarnizado combate, en el que, según se dice, tuvieron los nuestros 200 muertos y 400 heridos, las autoridades de la plaza pidieron parlamento y pactaron la capitulación de Manila en condiciones honrosas para nuestros soldados.

Inmediatamente las fuerzas norteamericanas ocuparon la ciudad y el general Merrit instalóse en el palacio de Malacañán, residencia oficial hasta ahora del representante de la soberanía española en el archipiélago filipino.

No parecen muy satisfechos los rebeldes con la conducta para con ellos seguida por los yanquis, sus aliados, y bien consideradas las cosas, no les faltan motivos para estar descontentos: primero por no haberles aquéllos consentido que tomaran parte en el asalto y toma de Manila; segundo por haberles impedido que al día siguiente de la capitulación atacaran la plaza, y tercero por haberles prohibido terminantemente que penetraran en la ciudad; en una palabra, por haber prescindido en absoluto de ellos en el momento decisivo y en la hora del triunfo, después de haberles hecho sostener el sitio y librar los innumerables combates parciales que tantas bajas les ocasionaron.

A fin de congraciarse con Aguinaldo, a quien a pesar de todo necesitan los yanquis todavía, el general Merrit le ha conferido el pomposo título de jefe de los tagalos, con lo cual se da por muy contento el despreciable cabecilla; pero sus secuaces no parecen muy conformes con que las cosas queden así, y amenazan, según se dice, con desobedecer las órdenes de su caudillo y con intentar, pese a quien pese, un golpe de mano contra Manila. El Consejo de ministros de Washington ha enviado instrucciones severas al general Merrit para que reprima cualquier desmán de los tagalos y no haga concesión alguna a Aguinaldo. A pesar de todas estas instrucciones, los rebeldes no deponen su actitud, y entre otras tropelías cometidas han cortado las cañerías que surten de agua potable a aquella capital, con lo cual se comprenderá cuán poco agradable debe ser la situación de los habitantes de la misma.

Por su parte los yanquis han ocupado en la plaza rendida los mejores alojamientos, obligando a las tropas españolas a pernoctar en las iglesias y en otros lugares sin condiciones higiénicas, verdaderamente hacinadas, en términos que, según telegrama del general Jáudenes, se teme que se desarrolle una epidemia. Es decir, lo mismo que hicieron con los capitulados en Santiago de Cuba: conducta digna de los *humanitarios* sentimientos de quienes no pudieron resistir impasibles el espectáculo que, gracias a nuestras *iniquidades*, ofrecían los infelices insurrectos y reconcentrados cubanos, y movidos a compasión hacia tanta desdicha, nos declararon la guerra incalificable en que hemos sido vencidos.

De las Visayas y Mindanao las noticias que comunica el general Ríos son satisfactorias: los rebeldes han sido derrotados en varios combates, habiéndoseles hecho 500 bajas y habiendo sido fusilados varios cabecillas.

En Cuba la suspensión de hostilidades no parece rezar con los insurrectos, los cuales siguen atacando á nuestras tropas siempre que se les presenta ocasión para ello y cometiendo toda clase de depredaciones. En vista de esto, el gobierno español acordó enviar al gobierno de Wáshington una reclamación contra la conducta de los rebeldes, y se halla resuelto, si tal estado de cosas no cesa, á dar orden al gobernador general de la gran Antilla para que comience á tomar la ofensiva contra aquéllos y para que las fuerzas españolas castiguen sus demasías. De suerte que gracias á las complacencias de los yanquis ó á su impotencia para hacerse obedecer de sus protegidos, nuestros soldados tienen que derramar todavía su sangre en aquella isla que ya no pertenece á España.

Por supuesto que bastante tienen que hacer los norteamericanos para precaverse contra los peligros con que allí les amenazan sus aliados: según parece, no hace mucho descubrióse un complot que éstos habían tramado para atacar con 13,000 hombres Santiago de Cuba en cuanto las tropas del general Shafter se hubiesen reembarcado para los Estados Unidos, apoderarse de la plaza, y una vez dueños de ella izar la bandera cubana y proclamar en toda la isla la guerra contra los norteamericanos.

Y á la verdad que motivos de queja no les faltan á los García, Máximo Gómez y demás caudillos de la insurrección, porque hasta la hora presente nada han visto que sea consecuencia, ni siquiera indicio del triunfo de la causa por la que vienen luchando desde hace tantos años! El pabellón yanqui ondea en todas partes y el de la estrella solitaria en ninguna: en Santiago de Cuba llegaron los insurrectos á enarbolar su bandera en las Casas Consistoriales; pero el general Wood la mandó quitar de allí en seguida, y únicamente en Gibara han conseguido verla izada, aunque al lado de la de los Estados Unidos.

En Puerto Rico han ocurrido graves desórdenes: en Ponce, los naturales de la isla, dando rienda suelta á su saña contra los españoles, han atacado á éstos, incendiando gran número de haciendas y saqueado varios poblados. «Los norteamericanos han tomado todo género de precauciones para reprimir estos atropellos y proteger la vida de los españoles:» así dicen las noticias de origen yanqui; pero el caso es que los atropellos se han cometido y es de temer que seguirán cometándose y que las vidas



PORTADA DE LA ABADÍA DE ENGELBERG (SUIZA), cuadro de Félix Possart

de los españoles han estado y es posible que estén aún á merced de unas cuantos desalmados.

Ha llegado ya á la Coruña el vapor *Alicante* con la primera expedición de las tropas repatriadas. Sean bien venidos los que tan heroicamente han combatido en Cuba por la patria, y quiera el cielo que aquí recobren la salud que perdieron en aquellos mortíferos climas. — A.

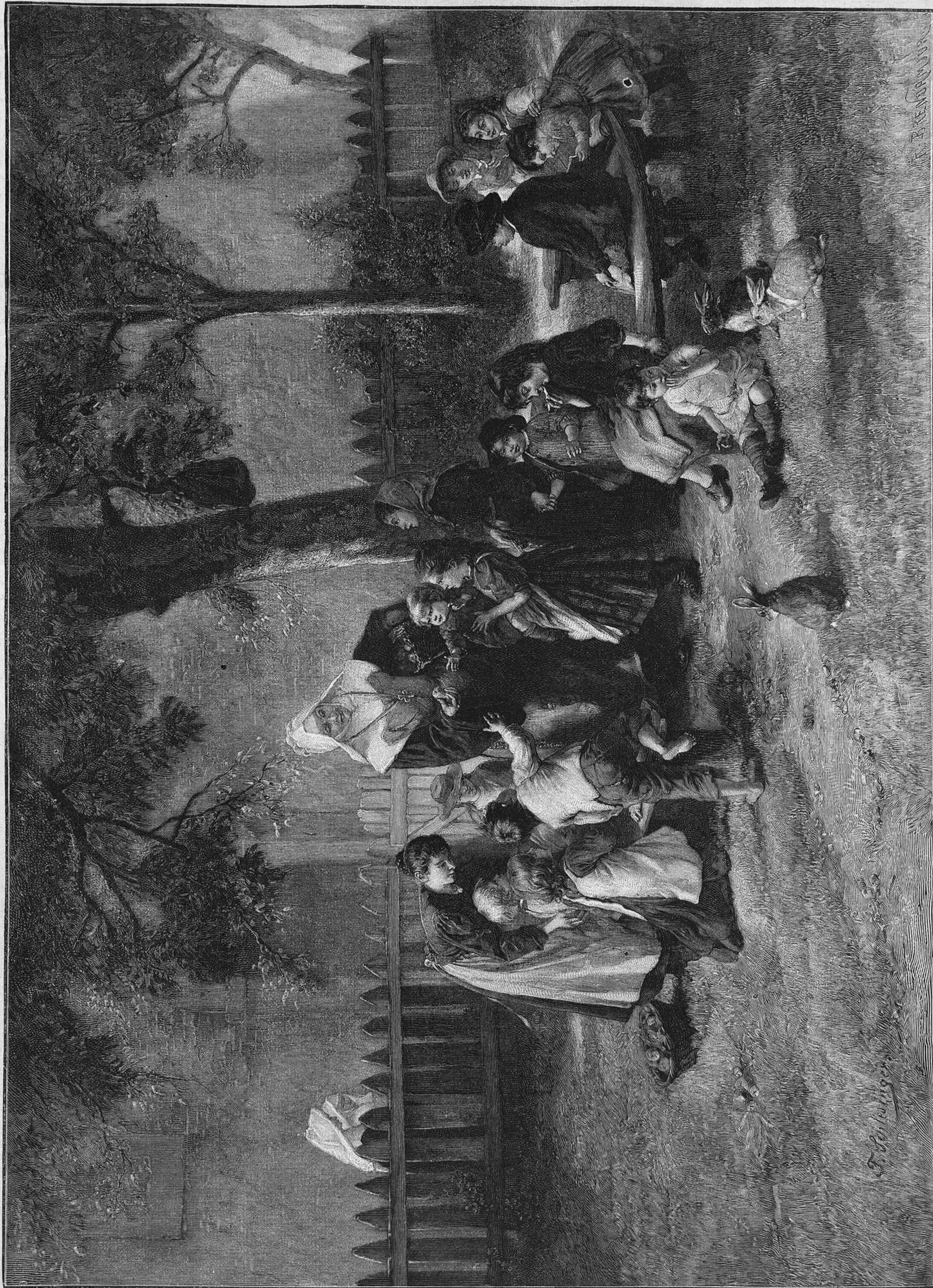
NUESTROS GRABADOS

Una belleza de Nueva Zelanda.— A pesar del título que á su fotografía han puesto los fotógrafos Standish y Preece de Christchurch, bien podemos afirmar que el original del retrato nada tiene de común con las indígenas de Nueva Zelanda, con esos *maoris* cuya raza se va extinguiendo, gracias al sistema de colonización de la Gran Bretaña, que tendrá muy poco de humanitario, pero que es de positivos resultados para el dominio y la tranquila posesión de la metrópoli. Los ingleses, que no han cesado de clamar contra las crueldades de los españoles en Cuba, que han vomitado injurias sobre injurias contra nuestro ejército, que casi han dicho que España merecía figurar entre los pueblos bárbaros, no vacilan en exterminar por el fuego ó por el *whisky* á los naturales de los territorios que forman su imperio colonial, sustituyendo á esa población siempre peligrosa con el numeroso contingente de súbditos de Su graciosa Majestad que las constantes emigraciones llevan á aquellos apartados lugares. A ese elemento exótico, en su mayoría compuesto de ingleses y escoceses, debe pertenecer sin duda la beldad que reproduce nuestro primer grabado, y de la cual sólo diremos que la belleza del modelo es digna de la obra fotográfica que ha sabido copiarla de una manera tan perfecta desde el punto de vista técnico como admirable bajo el concepto artístico.

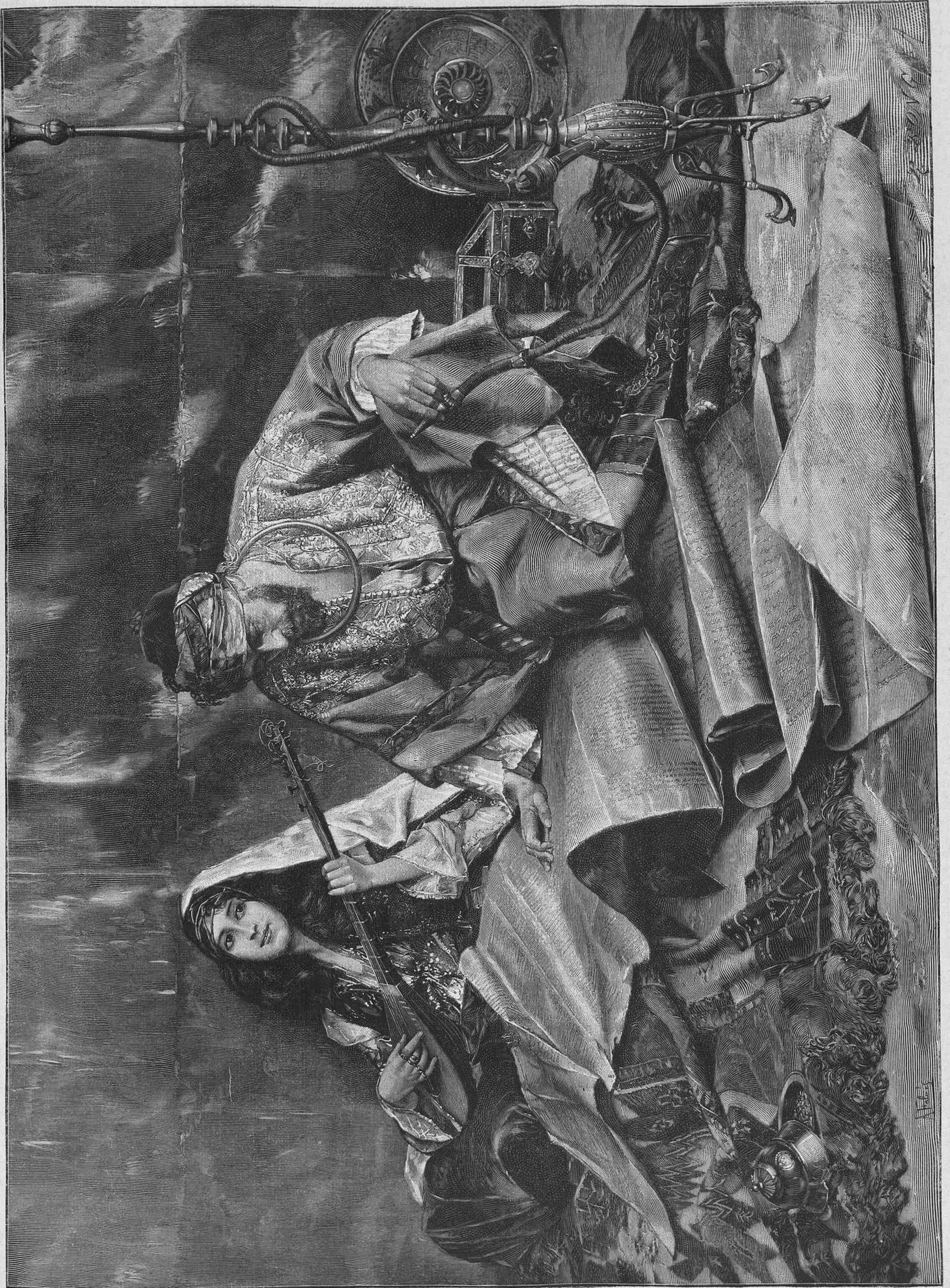
D. Pedro de Madrazo.— El día 20 de este mes falleció este ilustre escritor y crítico artístico. Nacido en Roma en 1816, vino muy niño á España y estudió en el Seminario de Nobles, en la universidad de Toledo y en la de Valladolid, terminando en esta última la carrera de derecho. Aunque cultivó esta rama



Torre de la Vela de la Alhambra, cuadro de Félix Possart



JARDINES DE LA INFANCIA, cuadro de J. Schlesinger



LA CANCIÓN PREDILECTA DEL SULTÁN, cuadro de A. Fabrés

del saber humano con gran aprovechamiento, como lo demuestran sus notables comentarios al *Tratado de derecho penal de Rossi*, no eran los estudios jurídicos el objeto principal de sus aficiones, sino los artísticos, á los cuales se dedicó lleno de entusiasmo. Colaboró activamente en varios periódicos y revistas, revelando desde luego su vasta erudición y su depurado gusto, y publicó obras notabilísimas que le han dado merecida fama

litado por la grave enfermedad que hacía tiempo venía sufriendo de ir al palacio de la Biblioteca para dirigir personalmente la selección, colocación y distribución de las obras, hacía esos trabajos en su casa teniendo á la vista los títulos de los cuadros y esculturas y luego sobre hojas de papel que representaban las paredes de las salas distribuía con el compás y ayudado de su excelente memoria las obras con arreglo al plan cronológico que se había impuesto para el mejor estudio del museo.

La muerte de personalidad que tantos méritos atesoraba ha sido una gran pérdida para las letras y el arte españoles.

Jardines de la infancia, cuadro de F. Schlesinger.

- ¡Cómo han variado de algún tiempo á esta parte los métodos de enseñanza de los párvulos! Y en esto sí que no cabe decir que «cualquiera tiempo pasado fué mejor,» porque la verdad es que en punto á pedagogía el progreso ha sido de provechosísimos resultados. Al local cerrado, falto de aire y de luz, ha sustituido el jardín; á los rutinarios cartelones llenos de sílabas y de números que difícilmente entraban en los tiernos cerebros, la naturaleza con sus admirables productos, cuya contemplación despierta en las infantiles inteligencias la curiosidad y con ella el deseo de instruirse; al dómine regañón, la bondadosa maestraó la sublime hermana de la Caridad; á los azotes y palmatazos, las caricias y las golosinas; al quietismo que atrofiaba los miembros del cuerpo y adormecía las potencias del alma, el movimiento al aire libre, que da vida á la materia y al espíritu; en una palabra, á la escuela que el niño frecuentaba con disgusto, si no con horror, el lugar de recreo adonde acude gustoso. Froebel, el que tamaña revolución introdujo en el sistema educativo de la infancia, merece figurar entre los más grandes bienhechores de la humanidad. El cuadro de Schlesinger que reproducimos da perfecta idea de lo que son esas modernas escuelas, y en él ha sabido el notable pintor alemán demostrar de una manera gráfica las excelencias de esta institución cuyo desarrollo ha contribuido en grandísima parte al progreso material y moral de su patria.



D. PEDRO DE MADRAZO, ilustre escritor y crítico artístico, Director de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando y del Museo del Arte Moderno, fallecido en Madrid el 20 del corriente

en toda Europa y entre las cuales ocupa lugar preferente el *Catálogo descriptivo del Museo del Prado de Madrid*, trabajo verdaderamente admirable por los conocimientos históricos que revela de las escuelas pictóricas europeas y de sus maestros, por la labor de investigación que hubo de realizar y por el buen sentido crítico que en todos sus juicios campea. Notabilísimos bajo todos conceptos son también sus libros *Joyas de la pintura en España*, *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España*, y una *Historia de la arquitectura española* que ha dejado sin concluir. Era también poeta inspirado que se distinguía por la delicadeza de los conceptos y por la corrección y pulcritud de sus versos, pudiendo citarse entre sus mejores poesías *La senda de la vida*, *Stella matutina* y *El toque de oraciones*. D. Pedro de Madrazo desempeñó importantes puestos en la carrera administrativa,

La canción predilecta del sultán, cuadro de Antonio Fabrés.

En distintas ocasiones hemos alabado cual se merecen el talento de nuestro asiduo y querido colaborador Sr. Fabrés y la portentosa habilidad con que trata especialmente los asuntos orientales. Los tipos, las costumbres, la indumentaria de los pueblos de Oriente cautivan con razón á nuestro celebrado paisano; el estudio que de ellos ha hecho le permite alcanzar, al reproducirlos, una perfección que pocos artistas logran, y su absoluto dominio de los recursos pictóricos hace que siempre encuentre en su paleta esa infinita variedad de tonos jugosos y calientes que tanto nos encanta en sus cuadros y que hace de ellos verdaderas joyas de dibujo y de color. Al publicar hoy *El canto predilecto del sultán* no creemos necesario insistir una vez más en nuestros elogios ni señalar las bellezas del lienzo, lleno de primorosos detalles que el ojo menos experto descubre á primera vista y sin el menor esfuerzo.

El conde de Xiquena.—D. José Alvarez de Toledo y Acuña, conde de Xiquena y décimoquinto duque de Bivona, grande de España de primera clase, patricio napolitano, en lo antiguo primer grande del reino de Sicilia, nació en París en 6 de agosto de 1838. Fué diputado á Cortes por Logroño en varios Congresos, senador por la provincia de Canarias de 1879 á 1881 y posteriormente representó otros distritos de Toledo y Huesca: en la actualidad era diputado por Jaca. En 1863 desempeñó una de las vicepresidencias del Congreso y fué subsecretario de Estado con el general Narváez en 1868. Representó á España como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del sultán de Turquía en 1867 y cerca del rey de Bélgica en 1875. Procedente del partido moderado, en 1879 hizo en el Senado públicas declaraciones que le abrieron las puertas del partido liberal, al cual prestó luego muy buenos servicios. De 1881 á 1883 y después en 1885 ejerció el cargo de Gobernador civil de Madrid, desplegando en este importante puesto relevantes condiciones de mando. En 1889 fué ministro de Fomento, cartera que volvió á desempeñar en la presente etapa del gobierno liberal hasta la última crisis. Había sido también presidente del Consejo de Estado. Era maestrante de Sevilla, gentilhomme de Cámara de S. M. con ejercicio y servidumbre y gran oficial de la Legión de Honor de Francia y estaba condecorado con las grandes cruces de Carlos III, Isabel la Católica, Pontificia de San Gregorio el Magno, San Jenaro y Constantiniana de las Dos Sicilias, Aguila Roja de Prusia, Leopoldo de Bélgica, Nuestra Señora de la Concepción y Cristo de Portugal, Estrella Polar de Suecia, Corona de Hierro de Austria, Medjidíe de Turquía y Nishan Iftikar de Túnez.

Después del baile, cuadro de M. Seña.—La figura que con tanto acierto ha pintado el autor de este cuadro corresponde perfectamente al título que lleva el lienzo: hay en su actitud y en la expresión de su rostro todo este cansancio que abate el cuerpo y adormece el espíritu después de una noche de baile y que se sobreponen por completo á todas las sensaciones agradables que aquellas horas de placer hayan podido producir. La obra de Seña merece, pues, sinceros elogios por la naturalidad que en ella campea, y no menos digna de ellos es por la corrección con que hasta en sus menores detalles está ejecutada.

M. Julio Cambón.—La intervención principalísima que en las negociaciones para la paz entre España y los Estados



M. JULIO CAMBÓN, embajador de Francia en Washington, negociador de los preliminares de la paz entre España y los Estados Unidos

Unidos ha tenido el embajador de Francia en Washington justifica la publicación del retrato de este ilustre personaje. M. Julio Cambón había sido prefecto del Norte y del Ródano y gobernador general de Argelia, cuando en octubre del año pasado entró en la carrera diplomática como representante de Francia cerca de la república norteamericana. El éxito de su mediación en el conflicto hispano-yanki, aceptada por las dos potencias beligerantes, ha demostrado que M. Cambón poseía todas las cualidades necesarias para desempeñar el alto puesto que el gobierno francés le confió. El gobierno español ha premiado sus valiosos servicios concediéndole la gran Cruz de Carlos III.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—La Asociación de Escritores franceses ha rechazado definitivamente la estatua de Balzac modelada por Rodin, que ha sido objeto de tan apasionadas discusiones, y ha encargado la ejecución de una nueva al famoso escultor Falguiere.

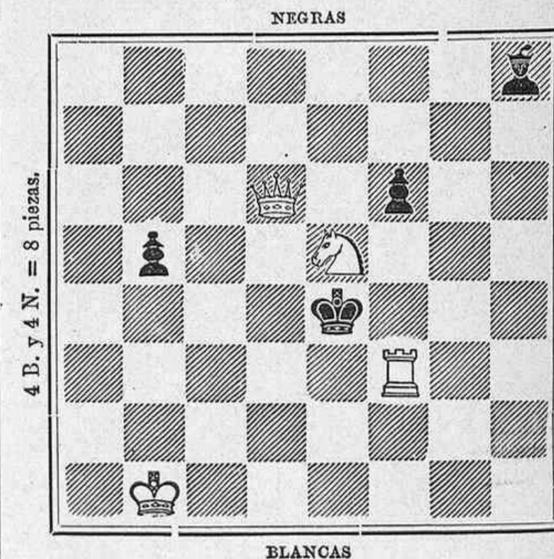
BERLÍN.—Como en virtud de las disposiciones ordenadas por el príncipe de Bismarck para su sepelio no ha podido realizarse el deseo del emperador de Alemania de enterrar el cadáver del que fué su canciller en la catedral de Berlín, Guillermo II ha dispuesto que en aquel templo se erija un mausoleo con la estatua del príncipe vestido con el uniforme de coracero y ha encargado al famoso escultor Reinhold Begas que trace un proyecto para esta obra.

—En el palacio de exposiciones de Berlín se hallan expuestos los cuadros que el célebre pintor Prell ha ejecutado por encargo del emperador, para adornar el salón de recepciones de la embajada alemana en Roma y que representan las cuatro estaciones relacionadas con la leyenda mitológica germánica de Edda. Según el parecer de los inteligentes, son lienzos grandiosamente concebidos y admirablemente pintados.

Necrología.—Ha fallecido: El conde de Mansfield, el más anciano de los pares de Inglaterra, ex lord del Tesoro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 130, POR J. TOLOSA Y CARRERAS



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 129, POR V. MARÍN

- | | |
|---------------------------|----------------------|
| Blancas, | Negras. |
| 1. A 2 T | 1. T toma C (*) |
| 2. D 2 A jaque | 2. P toma D ó R 4 D. |
| 3. P 4 C ó A toma P mate. | |

(*) Si 1. P toma A; 2. D 3 D, y 3. P 4 C mate; — 1. R toma C; 2. D 7 R jaque, y 3. A toma P mate; — 1. R 4 D; 2. A toma P jaque, y 3. D ó C mate; — 1. P 5 R; 2. D 5 A jaque, y 3. T ó D mate. La amenaza es 2. C 4 R jaque, y 3. A toma P mate.



EXCMO. SR. D. JOSÉ ALVAREZ DE TOLEDO, CONDE DE XIQUENA, fallecido en Madrid el 18 del corriente

habiendo sido secretario del Consejo de Estado, consejero y finalmente ministro del Tribunal de lo Contencioso hasta que fué jubilado hace poco tiempo. Actualmente era director de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, académico de la Lengua y de la Historia y director del Museo de Arte Moderno, recientemente abierto al público en el palacio de la Biblioteca Nacional de Madrid. El último trabajo á que dedicó sus energías fué la organización de este museo: imposibi-

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Cierto día, sin que nadie pudiera comprender cómo sucedió, el pintor encontró en su cuarto un lienzo, una caja de colores y pinceles.

Había dado á su arte un adiós eterno; pero aquel adiós no fué más que un pasajero «hasta la vista.» El artista se sentía lleno de nuevo ardor; jamás había comprendido tan bien la misteriosa belleza de las cosas, ni expresádola tan bien en sus pinturas. Se resistía sin embargo á enviar sus cuadros á las exposiciones; mas por fortuna Carlota estaba allí é insistía y suplicaba por que así lo hiciera.

— El dignísimo Sr. Duvernoy no tiene derecho para privar á su patria de la contemplación de sus obras maestras, decía.

Fernando cedió y no tuvo motivos para arrepentirse; sus cuadros llamaron la atención y algunos periódicos se ocuparon de ellos con elogio. Llegóse á ofrecer por ellos un precio elevado; Carlota triunfaba, pero Duvernoy se encogía de hombros.

— ¿Qué importa la gloria, decía, si ella no está aquí para aplaudir mis triunfos?

Y lo decía formalmente, sin hipocresía y creyendo que su pena no había disminuído.

La respetuosa admiración de Carlota le mantenía en esta ilusión. Todos los días, á la hora del desayuno, le ofrecía á la vez que sus rebanadas de pan bien untadas de manteca, el bálsamo de su conmiseración; y cuando le echaba el chocolate en la taza, le inundaba de pésames interminables. Fernando escuchaba de buen grado las lamentaciones del aya; eternizaban su duelo, y como las de las plañideras antiguas, hacían las veces del dolor. Además, al igual de todo artista, le gustaba la alabanza.

En un principio protestó cuando Carlota le comparaba á los maestros ilustres; poco á poco se acostumbró á esta lisonja, complaciéndose en su papel de ídolo y aspirando con gusto aquella espesa humareda de incienso; pero jamás sospechó que tras las hipérbolas de la pobre joven se ocultara un ardiente amor.

Felipe, que creía ser algo perspicaz, tampoco lo sospechaba; estaba muy lejos de figurarse que la perla de las ayas, tan bien escogida por él, fuese novelesca y sentimental; que fuese una de esas alemanas que sueñan con Werther, y lo han esperado toda su vida guardando en lo más profundo de su alma tesoros de amor que á nadie preocupan; que había cumplido ya treinta y seis años, siempre sentimental, siempre romántica y siempre no comprendida. Si hubiese sospechado todo esto, se habría asustado, y hubiera hecho mal, porque los sentimientos novelescos, lo propio que la glotonería, no excluyen la abnegación ni la bondad.

Los instintos maternos se despertaron en el corazón de Carlota al mismo tiempo que la pasión: los dos amores se confundieron, y la institutriz adoró á su discípula con toda la ternura de su corazón sentimental.

A los ocho años Lila se parecía mucho á su madre; fina, delgada, rubia y blanca, y en ese rostro blanco y rubio de niña se abrían dos grandes ojos serios de color azul oscuro, graves con esa gravedad de las criaturas criadas entre lágrimas por personas que no ríen nunca. Los ojos de Lila estaban por lo regular tranquilos y eran dulces; pero la menor contrariedad los hacía brillar de cólera, y la niña sufría accesos de rabia á los cuales nadie se atrevía á resistir. Otro defecto era su excesiva sensibilidad, y la más leve reprimenda le hacía llorar sin tasa.

Su padre y su aya temían estos accesos de lágrimas más aún que los de cólera, recelosos de que se resintiese la salud de la pobre criatura. Por esto cedían, y cedían siempre; Carlota no se atrevía á aventurar la menor reconvención, viendo con terror que ante ella se levantaban dos escollos formidables: poner enferma á Lila y descontentar á su padre. No la dejaba sosegar el temor de que la despidieran, y ante tan terrible desgracia, ¿qué importaba unas cuantas lecciones mal aprendidas ó los caprichos de una niña de ocho años?

La educación de Lila presentaba, pues, por mu-

chos conceptos vacíos sobrado sensibles, cuando Felipe fué á reunirse con ellos en Bucharest, después de obtenida una licencia.

Hacia un mes que estaban instalados en una casa muy bonita; el pintor encontraba muchos y excelentes asuntos de estudio en aquel país nuevo para él. Prolongaba de día en día su permanencia en los sitios que visitaba, por no sentirse ya impelido á continuar sus viajes por el aguijón del dolor.

Felipe echó de ver en seguida las mudanzas ocasionadas en la pesadumbre de su cuñado, y se disgustó, tanto que hasta le supo mal, injustamente por cierto, que hubiera vuelto á dedicarse á sus ocupaciones. También le disgustó que se recreara en su



Estaba, pues, en su gabinete, con el cigarro en la boca...

trabajo, que lo contemplara sonriente pareciéndole bien y conociendo que adelantaba, y en fin y sobre todo, que hubiera cesado de llorar. Era injusto, como sucede en tales casos.

Fernando había agotado la amargura del vacío que sentía hacía tres años, y se había acostumbrado á la falta de la mujer tan llorada. El hábito había consumado su obra; pero el marino, siempre en su barco, no podía experimentar los beneficios de la costumbre. Elena no le había acompañado nunca, sino que era él el que se separaba de ella; y aquel primer regreso sin encontrarla, avivaba su pena, dándole la impresión del implacable y eterno adiós. Pero si por un lado acusaba sin razón á su cuñado, por otro le hacía entera justicia, prometiéndose interiormente corregirse de sus odiosas sospechas.

Habían transcurrido cerca de tres años, y el viudo ni se había vuelto á casar ni parecía pensar en ello. Por lo que respecta á una intriga clandestina era imposible llevando aquella vida nómada y aquellos continuos cambios de lugares. Además, por limitada que fuera la experiencia de Carlota en estos asuntos, no habría dejado de sorprender algún encuentro, algún indicio revelador. No es fácil disimular por espacio de tres años cuando uno es absolutamente libre. Pues bien: Carlota estaba absolutamente convencida de la virtud de Fernando, y así lo daba á entender en los elogios que prodigaba á su ídolo, en el culto de admiración que le profesaba.

Otra prueba parecía al joven más evidente: el pintor hacía que el aya le leyera sus cartas. Cuidadoso

de su vista, de la que padecía un poco y que reservaba enteramente para su pintura, y también muy perezoso, evitaba todas las molestias. Después de almorzar y mientras fumaba una larga pipa. Carlota abría delante de él toda su correspondencia y le leía cartas y periódicos.

Viendo la extrañeza de Felipe, le dijo:

— Amigo mío, no tengo ningún secreto; algunas cartas de negocios escritas con esa horrible letra de los empleados ministeriales, otras de la tía Fournéron con sus garabatos, las patas de mosca de las Lezines, no son cosa para que se me pongan encendidos mis pobres ojos. Carlota es discreta y fiel; una perla, querido Felipe, una perla que has pescado para mí.

Felipe, algo más exigente, creía que la perla de las ayas dejaba bastante que desear por muchos conceptos. A los ocho días de su llegada, oyó gritos furiosos que salían del cuarto de Lila; alarmado, se levantó; pero Duvernoy le contuvo diciéndole:

— No hagas caso; es Lila que se encoleriza. Un tanto sorprendido, preguntó:

— ¿Y sucede eso muy á menudo?

— Sí, mucho; sólo que desde que estás aquí, se ha contenido, y por esto la oyes ahora por primera vez.

— ¿Y Carlota no procura corregirla de tan terrible defecto?

— ¡Carlota!.. Es posible que lo haya intentado, pero no lo ha conseguido.

Algunos días después, una escena de diferente género inspiró al marino nuevas inquietudes sobre el carácter de la niña. Al concluir el almuerzo, Lila se levantó con aire misterioso, salió del comedor y volvió trayendo una compotera de la que se exhalaba un penetrante perfume. Era un dulce de rosas tan apreciado en los países de Oriente. La niña, acercándose á Felipe, se lo ofreció.

— Gracias, hija mía; no me gusta el dulce. Lila hizo una mueca de despecho.

— ¡Oh! Es que nunca ha probado usted este, y quiero que lo pruebe, pues lo he hecho yo.

Y con autoritaria solicitud echó en el plato cuatro ó cinco cucharadas llenas. Por complacerla, Felipe llevóse un poco de dulce á la boca.

— ¿Qué tal?

Y con vanidad pueril añadió:

— Es muy bueno, ¿verdad? Lo he hecho yo para usted.

Pero Felipe, á pesar de toda su buena voluntad, sintió claramente que no podía llevar hasta el extremo su heroísmo.

— El dulce es excelente, querida, dijo, pero es preciso que guste y á mí no me gusta.

— ¡Ah!, exclamó la niña.

Sus grandes ojos se llenaron de lágrimas. Cogió la compotera y salió del comedor llorando y seguida de Carlota.

— Siento mucho lo sucedido, dijo Felipe.

El pintor respondió:

— Sí, hubiera sido preferible que le dieras gusto á pesar tuyo; otra vez no la contrarías.

Aquel día y el siguiente Lila estuvo triste.

— ¿Sabes que es muy feo estar enojada, Lila?, le dijo el marino.

La niña contestó con acento doloroso:

— Me ha dado usted un gran disgusto; si me quisiera usted, padrino, habría comido el dulce, puesto que lo hice para usted.

Tanta sensibilidad asustó al marino.

— Lila, le replicó, no es una prueba de cariño el obligar á las personas á quienes se quiere á hacer lo que no les conviene; pero sí lo es y muy grande el no dudar de su afecto. ¿Comprendes, hija mía?

Ella le echó cariñosamente los brazos al cuello, y tuteándole por primera vez le dijo:

— Sí, comprendo, y creo que me quieres, padrino.

Aquel día quedó restablecida la concordia entre ambos; pero la paz no fué de larga duración.

A decir verdad, el modo como Carlota educaba á la niña no había dado frutos provechosos en cuanto á su modo de ser y de portarse; pero al menos, ¿le proporcionó alguna instrucción? Había en el piso un

cuarto designado pomposamente con el nombre de «sala de estudio,» pero estaba siempre vacío, porque Lila no entraba en él. Felipe interrogó a la perla de las ayas, y ésta respondió presentándole un soberbio programa:

- »Entrada en clase, á las nueve.
- »Corrección de temas franceses: dictado.
- »Corrección de temas alemanes.
- »Historia, geografía, literatura.
- »Instrucción religiosa, doctrina.»

El programa era perfecto, demasiado quizás; no había nada que objetarle.

— ¿Pero cuándo da las lecciones?, preguntó Felipe: yo la veo jugando todo el día.

La institutriz se turbó, y poniéndose colorada contestó:

— Todos los días, Sr. de Aubián, todos los días... cuando quiere.

— Entonces ruego á usted que mañana me permita asistir á su lección.

Cuando á las diez de la mañana siguiente entró Felipe en la sala de estudio, encontró á la maestra y á la discípula sentadas frente á frente; pero la ancha cara del aya expresaba la mayor consternación, mientras que los ojos de la discípula brillaban con los fulgores de la rebelión. Ambas estaban mirando un verdadero ejército de pajaritas de papel, de todos colores y dimensiones puestas sobre la mesa.

— ¡Oh! Lila, pícaro Lila, mientras yo te estaba leyendo el paso del mar Rojo y la entrada de los israelitas en el desierto, has desgarrado todos los cuadernos. ¡Y yo que me maravillaba de tu juicio! ¿Por qué has hecho eso?

— Porque no quiero que mi padrino Felipe sepa que escribo mal, que en mis planas hay más borrones que palabras y más faltas de ortografía que letras.

Y mirando con satisfacción las pajaritas exclamó:

— Ahora estoy tranquila, porque éstas no se lo dirán.

— No, dijo Felipe entrando; pero sí me dirán que Lila es orgullosa, indisciplinada y también perezosa; que teme las reprensiones, pero que no teme la vergüenza de la ignorancia, que es cien veces peor.

La niña respondió sin levantar la cabeza y con maligna sonrisita:

— ¿Por qué dices eso, padrino, si no sabes ni puedes saber nada? Cuando quiero escribo muy bien sin cometer faltas de ortografía.

— Muy bien; pero los padrinos tienen derecho para examinar á sus ahijadas. Coge otro cuaderno y escribe lo que voy á dictarte.

Lila, con ademán impetuoso y violento, rompió la pluma sobre la mesa y derribó el tintero.

— Ya no hay tinta, y por consiguiente no puedo escribir, dijo con acento burlón.

— Es verdad, contestó Felipe con la misma suavidad que antes; pero puedes leer y darme de memoria tus lecciones.

Lila se levantó encolerizada, y dando pataditas en el suelo replicó:

— ¡No quiero, no quiero!

Su padrino se la quedó mirando un rato y le dijo ya con voz severa:

— Eres una niña muy arrebatada y tu institutriz demasiado buena para ti. Tu padre debería encerrarte en un colegio.

Lila se acercó á él amenazadora y desafiándole con la mirada repuso:

— Puede usted aconsejárselo si quiere, pero él no lo hará; me quiere mucho, no es como usted.

Felipe contestó pensativo y como hablándose á sí mismo más bien que hablando á su ahijada:

— No, no lo hará; pero si tu madre viviera, ella sí que lo haría por tu bien.

La cólera de Lila pareció disiparse; fijó en su tío una mirada insistente, cogió todas las pajaritas de papel, las estrujó y las arrojó lejos de sí, y luego sentándose gravemente ante su mesa y presentando sus libros al joven le dijo:

— Padrino, ¿quieres tomarme la lección?

Pronto acabó: la ignorancia de Lila era mucho mayor de lo que él se había figurado; confundía lugares y países, suponía á Clodoveo en la torre de Babel y á Jerusalén al pie del Monte Blanco. Quiso hacerla leer y en seguida se convenció de que no sabía; pero como la niña se había mostrado dócil prestándose á aquel examen humillante, le dió las gracias y la besó.

Por la noche reflexionaba paseándose solo por el jardín. A decir verdad, el grado de instrucción de una niña de ocho años tenía aún escasa importancia; pero lo que censuraba era la clase de educación que se le daba, aquella debilidad para con sus caprichos. El oficial de marina, acostumbrado desde muy joven á las reglas saludables de la disciplina, no

admitía ni la desobediencia ni la rebelión; pero ¿qué podía hacer?

Lila había dicho la verdad; su padre no consentiría jamás en separarse de ella. Por otra parte, ¿la presencia de la niña no era una salvaguardia? Esa criatura, tan mal educada, iría sin embargo creciendo, y ante ella se abriría la vida con sus probabilidades de infelicidad y su temible y desconocido porvenir, y crecería adulada y mimada por dos corazones débiles, egoístas y buenos.

En aquel momento se deslizó á su lado una pequeña sombra, y oyó una voz muy dulce que decía:

— ¿Por qué ha dicho usted, padrino, que mamá me encerraría en un colegio? ¿Es que mamá no me quería?

Felipe la sentó en sus rodillas y abrazándola tiernamente contestó:

— Sí, pequeñita, tu mamá te quería con toda su alma, y por lo mismo habría deseado verte bien educada, porque los niños mal criados casi nunca son felices.

Lila preguntó sorprendida:

— Pero ¿caso estoy yo mal criada?

— Sí, contestó su padrino; aquí te quieren demasiado, te quieren mal, nadie resiste á tus caprichos ni castigan tus arrebatos.

La niña repuso:

— ¡Mamá leía mejor que yo cuando tenía ocho años?

Apurado se habría visto Felipe para contestar verdaderamente á esta pregunta, porque cuando Elena tenía ocho años, él acababa de nacer; sin embargo, no vaciló y dijo:

— Ya lo creo; tu mamá Elena leía ya muy bien á los ocho años.

— Entonces, aprenderé; ¡quisiera tanto parecerme á mi pobre mamá, á la que papá ama mucho; deseaba tanto verla!

— ¡Ay hija mía! Eso no es posible, porque tu mamá está en el cielo.

— Sí, pero al menos quisiera tener su retrato; no me acuerdo de ella, y sin embargo, muy á menudo pienso en mi mamá. Papá ya no me habla nunca de la pobre; anda, padrino, dime tú todo lo que hacía, todo lo que decía.

Entonces Felipe le habló extensamente de su madre, refiriéndole los menores detalles de su vida de niños, y diciendo á Lila cuán amable, buena y juiciosa le había parecido siempre Elena. Ella le escuchaba con ávida atención, y cuando su padrino se calló, le dijo en voz baja:

— Voy á hacer todo lo posible por parecerme á mamá.

Felipe comprendió que acababa de darle la más saludable de todas las lecciones; pero también acababa de dar nacimiento en aquel corazón de niña á una especie de culto sagrado hacia la madre difunta, á un afecto celoso tal como él mismo lo sentía: un cuidado exquisito de preservar de todo olvido su grata memoria, como si el olvido hubiera sido una profanación.

XVII

Transcurría el tiempo; y á instancia de Duvernoy, Felipe había aplazado su partida.

— Pronto marcharemos de Bucharest, decía el pintor; espéranos. Hace dos años que vago por las provincias danubianas, y necesito ya ver un poco de civilización y de arte. Pienso pasar el invierno en Nápoles.

— ¿No quieres regresar todavía á Pontarlier?

— No, Felipe, todavía no: allí me encontraría muy mal sin ella.

Felipe accedió á aguardar, y se separó de ellos en Venecia. Aún podía disponer de quince días.

Tenía trazado su plan: ir á Pontarlier, ver á Santiago de Sommeres, procurar arrancarle la confesión de su imprudente confidencia, después de lo cual, no conservando ya duda alguna, obraría como creyese conveniente.

Encontró á la Sra. Fourneron muy atareada, como que estaba arreglando todo lo necesario para un entierro. Abandonó sin embargo esta grave ocupación para darle audiencia. Tenía un buen partido que proponerle, y en vista de su negativa se enfadó.

— Te vaticino que acabarás mal, como ese desgraciado Santiago, que es nuestro desconsuelo.

— ¿Santiago? ¿Dónde está? Tengo que hablarle.

— Trabajo te mando para encontrarle; nunca está en su casa; pasa el verano en los balnearios ó en algún puerto de mar y los inviernos en París. Apenas si nos hace dos visitas al año.

Felipe partió sin demora, muy contrariado de no encontrar al que había ido á buscar.

A la mañana siguiente llamaba en París á la puer-

ta de Santiago, el cual le recibió con alegre solitud.

— ¡Gracias á Dios que te veo! Sin duda sales de alguna de tus máquinas, acorazados ó torpederos. ¿Qué diablos de nombres les habéis aplicado en lugar de los más bonitos de fragatas ó corbetas que antes teníamos? ¿Conque vendrás sin duda á distraerte un poco? Haces muy bien; no hay nada como París para divertirse. ¿Qué quieres que hagamos? Me tienes á tu disposición.

— Lo que quiero, querido primo, es que hablemos un rato.

— ¡Demonio, demonio, y con qué seriedad lo dices! ¿Vas á hacerme sufrir un interrogatorio de juez de instrucción? Pero enhorabuena; estoy dispuesto á hablar contigo: ¿de qué se trata?

— ¿Te acuerdas de que hace cuatro años me rogaste que te sustituyera como testigo en la boda de un amigo tuyo?

— Sí, de ese pobre Martín, del guapo Leodiceo, como siguen llamándole. Y entre paréntesis, se casó con una mujer bien fea, gruñona y siempre enferma; verdad es que se consuela con otras. Pues sí, recuerdo haberte enviado á esa boda, y también recuerdo que te portaste de un modo bastante equívoco, por no decir otra cosa. Trabajo me costó quedar bien con Leodiceo y hacer las paces con él, así como disculparte. Afortunadamente supe por Elena la causa de la aventura.

— ¿Y se la dijiste?..

— Le dije la verdad, porque le asistía el derecho de saberla. Pero aducí circunstancias atenuantes; que eras un chiquillo, sin experiencia, dulce, tímido, una especie de señorita con uniforme de guardia marina..

— ¿Y se dignó perdonarme?

— Sí, pero se hizo de rogar; hubieras podido tener un disgusto serio si no hubieses tenido que partir á los mares del Japón. Ahora lo ha olvidado todo; pero la verdad es que no desearía que te encontraras con él.

— ¿Está ahora en París?

— Sí, en su hotel de la avenida de Antín.

Felipe se levantó.

— Pero ¿qué es eso? ¿Te vas sin decirme lo que tenías que preguntarme?

— No tengo nada que preguntarte; quería hablar contigo.

— Eres un buen muchacho, pero algo misterioso. Apuesto á que tienes aquí algún trapicheo (y guiñó un ojo), algún trapicheo agradable, que á fuer de egoísta quieres guardar para ti, sin decir nada de él á tu pariente. A tu gusto, muchacho..

— Primo, contestó Felipe, tengo efectivamente en este momento que ventilar cierto asunto del que prefiero no hablarte hoy, pero que probablemente te confiaré mañana.

XVIII

Leodiceo se entregaba en su suntuoso hotel de la avenida de Antín, después de almorzar, á las dulzuras del *far niente*. En su mesa de despacho había algunas cartas sin abrir; conocía la letra, letra indecisa, un poco temblona.

— De Valeria, dijo; estoy seguro de que lo menos ha escrito diez páginas. ¡Qué suplicio!.. Y será forzoso que la conteste; de lo contrario sería capaz de volver aquí, conforme me amenaza.

El mes anterior había llevado á Valeria á Niza por orden de los médicos.

No fué cosa fácil decidirla á esta partida, y Leodiceo tuvo que jurar que la acompañaría y permanecería con ella todo el tiempo que lo exigiera el estado de su salud. Pero le gustaban demasiado los placeres y su vida libre para resignarse al papel de enfermero. En Niza, como en París, se divirtió, saliendo mucho y volviendo poco á su casa. Valeria le acosaba con sus celos, lloraba y se ponía cada vez peor. Un día, después de una disputa más larga y acalorada, Leodiceo dió á su criado la orden de hacer su equipaje y de que enviara á buscar un coche y se volvió á París, donde gozaba de toda su libertad reconquistada, sin pensar en volver al lado de su mujer, por más que ella se lo suplicaba con vivas instancias, prometiéndole ser más razonable, más resignada y pidiéndole perdón.

Leodiceo alimentaba su esperanza por temor de que regresara de Niza, escribiéndole buenas palabras, haciéndole promesas y anunciándole su próxima llegada. En el fondo, no tenía por ella compasión alguna; no se apiadaba de aquel grande amor humilde, celoso, fiel, dispuesto á todos los sacrificios; no se apiadaba de la docilidad con que, á una indicación suya, firmaba pagarés, sin resistencia, sin discusión, por más que, como hija de un hombre de

negocios, conociera el valor de lo que firmaba; no se apiadaba de la solicitud con que, sólo por complacerle, había hecho testamento instituyéndole su heredero universal y que tan preciosamente guardaba en un cajón de su papelería. Hasta se irritaba contra la pobre mujer por su fealdad, á la que no se acostumbraba, y por su mala salud; pero sobre todo estaba enfadado con ella por el casamiento de Martín de Brest: se consideraba lesionado por él en sus intereses, vejado, burlado, robado, y hacía recaer sobre Valeria todo el peso de su rencor.

Y sin embargo, el eminente médico consultado había pronunciado esas frases graves capaces de disipar todos los resentimientos y enternecer todos los corazones.

— Caballero, puesto que se empeña usted en saber la verdad, debo decirle que queda poca, muy poca esperanza. No hay duda de que la juventud de la Sra. Martín, su buena constitución, los cuidados que usted la prodigue pueden hacer milagros, pero lo cierto es que padece una enfermedad que apenas admite curación.

Y bajando la voz pronunció una palabra, palabra terrible.

— En fin, lo que usted puede hacer es alargarle la vida; pero curar el mal, lo juzgo imposible.

Así pues, para alargar la vida de Valeria (tenía interés en que sobreviviera al viejo Martín, que sin duda no se atrevería á desheredar á su hija), la había llevado él mismo á Niza; la había hecho rodear de cuidados y atenciones y le escribía cartas sumamente afectuosas en las que incluía siempre esta tierna recomendación:

«Cuidate, amor mío, ya sabes cuán cara me es tu salud; cuidate, para que te encuentre buena y lozana cuando vuelva á tu lado. Y volveré pronto, muy pronto, tan luego como haya terminado los insuperables asuntos que me retienen aquí.»

Sí, le escribía cariñosamente, pero no leía las cartas que ella le dirigía.

Estaba, pues, en su gabinete, con el cigarro en la boca, meciéndose en su balancín y mirando, con una mueca de hastío, el pliego de papel blanco en el que tendría que ponderar á la ausente un cariño que no sentía, cuando entró su ayuda de cámara.

— Un caballero desea ver á usted, le dijo.

— ¿Y quién es ese caballero? ¿Ha dicho su nombre?

— Me ha dado su tarjeta.

Leodiceo leyó, no sin alguna sorpresa:

FELIPE DE AUBIÁN

alferez de navío

— ¡Felipe de Aubián!, exclamó. ¿Qué diablos me querrá?

Conocíase que aquella visita no le gustaba mucho, porque le traía á la memoria desagradables recuerdos. Primero su casamiento, una gran superchería; después el de Martín de Brest, picardía no menos grande; en fin, cierta carta anónima, famosa plancha, puesto que no había impedido nada.

El ayuda de cámara aguardaba impasible y silenciosamente la respuesta. De pronto Leodiceo desarrugó el ceño.

— Vamos, ya sé lo que es. Disculpas. Viene á disculparse por su incivil deserción de la quinta Martín. Ha visto á su primo Sommeres que le habrá hablado de mi disgusto, disgusto que he exagerado adrede porque hago poco caso de esos cuentos viejos. Santiago me ha dicho que es un buen muchacho, dulce, bien criado, un poco tonto, una señorita con uniforme de marino. No me mostraré demasiado adusto con él, y después de darle una pequeña lección sobre los deberes de la hospitalidad, despediré á ese mocoso.

— Que entre, dijo.

Pero el «mocoso» entró con un aire tan arrogante y resuelto, que Leodiceo se arrepintió del consentimiento dado tan imprudentemente; pero como el daño ya estaba hecho, era menester soportar las consecuencias sin dar lugar á sospechar que se les temiera.

Aquel maldito Aubián no parecía tan chiquillo ni tan acomodaticio, ni mucho menos una señorita disfrazada de marino. ¿Con qué ojos lo había mirado Sommeres? ¿Era que ya no conocía á los hombres, ó que tenía algún motivo para mentir? Examinaba rápidamente al joven, no teniéndolas todas consigo ante su mirada recta y firme y la expresión severa de su rostro, atezado por el aire del mar. Encontrábase crecido, cambiado, hecho todo un hombre; apenas le reconocía, y para desarmarle, para vencer la tirantez que sentía mediar entre ellos, le dijo con esa misma cumplimentera facundia que en otro tiempo había hecho recordar á Felipe la fábula del zorro y el cuervo.

— ¡Querido amigo! ¡Cuánto me alegro de verle á usted! Siéntese. Ha hecho usted muy bien en dar á mi criado su tarjeta, porque como estoy muy ocupado, no recibía á nadie.

Y con un ademán señaló su mesa en la que había esparcidos algunos papeles.

— Mas, tratándose de usted, me he apresurado á hacer una excepción; no se le ve todos los días en París, ¿verdad? La vida de usted es toda una vida de aventuras, de grandes y hermosas aventuras, de luchas, de tempestades, de naufragios, y todo esto le prueba á usted tanto, que da gozo verle. Si supiera que el mar podía producir en mí semejante cambio, le aseguro que me embarcaría mañana. Sí, sí, me embarcaría... Pero ¿aún está usted de pie? Tome usted asiento. ¿Quiere usted un cigarro? Los recibo directamente de la Habana, pues tengo allí quien me los escoge. Pero ¿por qué no se sienta usted?

usted por qué se ha permitido hacerme figurar en el anónimo que ha escrito al Sr. Martín.

Leodiceo preveía sin duda esta pregunta y no le convenía parecer ofendido por ella. Continuó, pues, meciéndose, teniendo en los labios una sonrisa de misericordiosa compasión.

— Amigo mío, contestó con tono irónico, si la carta á que se refiere usted era anónima, ¿con qué derecho me infiere usted la injuria de atribuírmela? ¿Acaso ha conocido usted mi letra?

— No conozco la letra de usted, contestó Felipe con creciente irritación; pero el hecho relatado en



Y le arrojó su guante á la cara

— Caballero, dijo Felipe cuando Leodiceo le dejó hablar, he venido á París con el exclusivo objeto de tener una explicación con usted.

— ¡Una explicación! Diez, veinte, ciento, tantas como usted quiera. Jamás me niego á darlas, porque cualquier mala inteligencia puede ser causa de que riñan dos amigos, dos hombres de honor que se aprecian, y no me gustan las malas inteligencias. He tenido bastantes duelos para haber adquirido el derecho de hacer gala de paciencia y hasta de bondad...

Al llegar aquí su voz cambió, haciéndose á propósito dura y agresiva.

— ... para no verme obligado á dar una lección. Conque, querido amigo, ¿qué explicación desea usted?

Y volvió á mecerse y á dar chupadas á su cigarro.

— Deseo que me explique usted, dijo Felipe, disimulando cuanto podía la irritación y el disgusto que le causaba aquel sujeto, deseo que me explique

ella de mi presencia en la playa durante la noche que precedió á su casamiento de usted, lo sabía únicamente Santiago de Sommeres, y éste no ha hablado de él á nadie más que á usted.

— Según eso, respondió Leodiceo sin cambiar de actitud, durante la noche que precedió á mi casamiento, ¿me hizo usted el obsequio de espiarme? ¿Era esa la conducta de un hombre tan puntilloso en materias de honor?

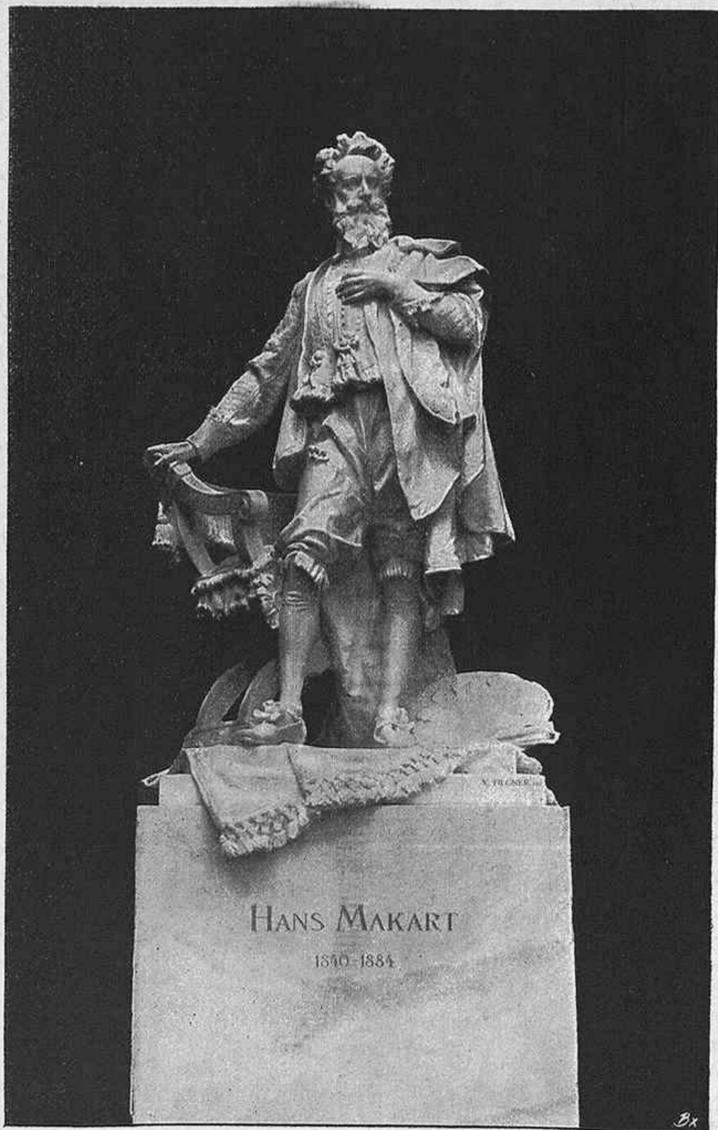
— Demasiado sabe usted que yo no lo espiaba, replicó Felipe, á quien el sarcástico acento de Leodiceo le hacía perder su sangre fría; pero le vi, le oí, y fui testigo de la infamia y de la bajeza de usted.

— ¿Conque es verdad que fué usted testigo de aquella escena?, contestó Leodiceo sonriendo; me alegro de oír esta confesión en boca de usted. Entonces, ha debido usted mentir cuando el Sr. Martín le ha interrogado. ¿Por ventura, usted, tan puntilloso en materias de honor, ha jurado en falso?

(Continuará)

MONUMENTO A HANS MAKART

Nació el famoso pintor Makart en Salzburgo en 1840, y después de haber permanecido en 1858 dos meses en la Academia de Viena, regresó á su país natal, en donde se dedicó á pintar cuadros para poder atender á su subsistencia. En 1859 trasladóse á Munich, y desde 1861 á 1865 trabajó en el taller de



MONUMENTO RECIENTEMENTE INAUGURADO EN VIENA, ERIGIDO Á LA MEMORIA DEL FAMOSO PINTOR AUSTRIACO HANS MAKART, obra de Tilgner

Piloty, bajo cuya dirección desenvolvióse rápidamente su talento colorista.

Sus primeras obras fueron *Lavoisier en la cárcel*, cuadro pintado al estilo de Rembrandt, y una *Comida de venecianos ilustres*, destinada al comedor de un palacio de San Petersburgo: á éstas siguieron *El caballero y las ondinas*, de asunto tomado de una leyenda de Heine, *Leda*, *La reina de los silfos* y un gran paisaje de carácter italiano, fruto de un viaje que á Italia hizo en 1863.

Aun cuando estos cuadros tuvieron muy buen éxito, el primer triunfo verdadero que logró Makart consiguiólo en 1868 con sus *Amorillos modernos*, lienzo dividido en tres partes y pintado sobre un fondo de oro, en el que se manifestó su tendencia á las formas exuberantes y al colorido vigoroso, tendencia que le hizo sacrificar á veces la corrección del dibujo y del modelado y que se acentuó más en su cuadro *Los siete pecados capitales ó la peste de Florencia*, de siete metros de largo y también dividido en tres partes. Esta obra fué expuesta en varias ciudades de Alemania y en París, y en todas partes provocó en unos admiración entusiasta y en otros gran indignación, y desde entonces puede decirse que igual fenómeno se repitió con todos los lienzos de ese maestro que algunos especuladores adquirieron para exponerlos y realizar con ellos pingües beneficios.

Las cualidades que en Makart hemos señalado llegaron hasta la exageración en una alegoría de la *Abundancia* y en el cuadro *Julieta en la tumba*, que se conserva en la Galería Imperial de Viena.

En 1869, y después de una nueva excursión á Italia, regresó á la capital de Austria, en donde se le construyó un magnífico taller por cuenta del Estado: allí pintó su primer cuadro de historia *Homenaje de Venecia á Catalina Cornaro*, hoy existente en la Galería Nacional de Berlín, que por la brillan-

tez de su colorido recuerda las grandes composiciones de los ilustres maestros venecianos, como Tintoretto y Veronese, á quienes tomó por modelo: en cambio deja algo que desear en este lienzo la expresión de las figuras, defecto del que adolecen casi todos sus cuadros históricos y retratos.

Hans Makart fué principalmente un genio en la pintura decorativa, y á este género pertenecen las obras que han inmortalizado su nombre. La fecundidad de que dió prueba es realmente asombrosa, y entre sus innumerables cuadros merecen citarse como los más importantes *Los dones del mar y de la tierra*, *Cleopatra en el Nilo*, *Un paseo por el Nilo*, *Siesta en el patio de los Médicis*, *Mujeres egipcias*, *Entrada de Carlos V en Amberes*, *Los cinco sentidos*, *La caza de Diana*, *El verano*, *Caza en el Nilo*, *La muerte de Cleopatra*, *Caza de amazonas*, *Familia de bacantes*, *Cortejo de bacantes* y *La primavera*.

En 1875 emprendió un viaje á Egipto y en 1879 fué nombrado profesor de la Academia de Viena, y preparó y dirigió la gran cabalgata que se celebró en aquella ciudad para solemnizar las bodas de plata del emperador.

En los últimos años de su vida trazó gran número de proyectos de edificios fantásticos y multitud de dibujos ornamentales y de croquis para objetos artístico-industriales.

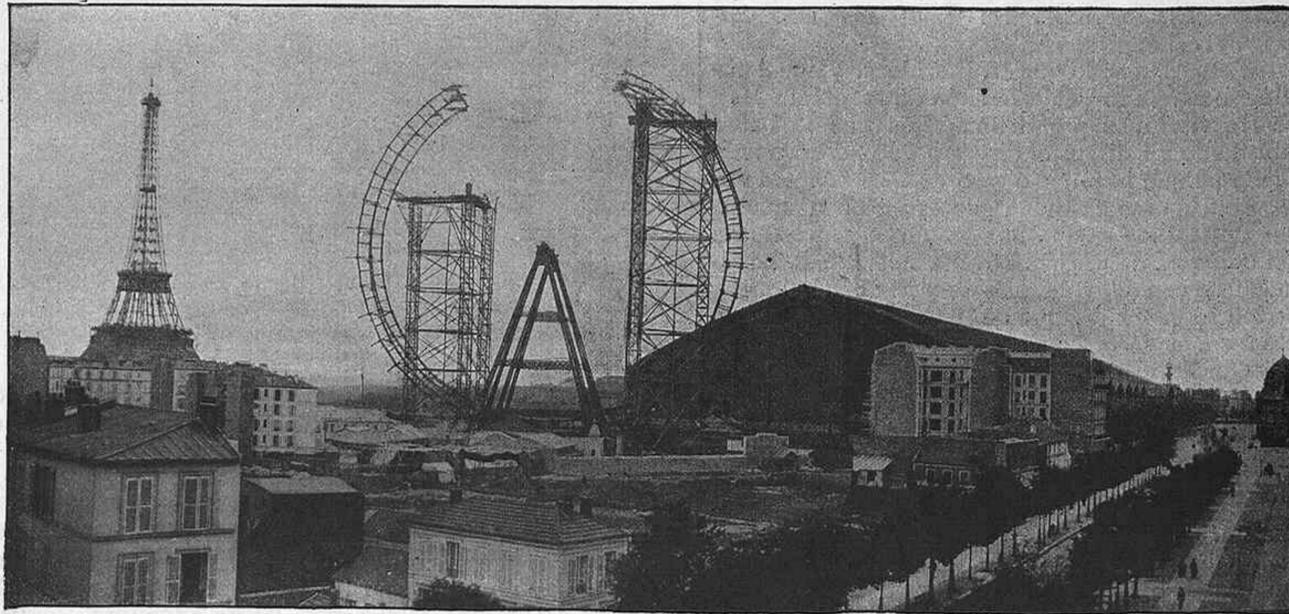
Hans Makart falleció en Viena en 1884.

Tal es, expuesta á grandes rasgos, la biografía del ilustre artista á cuya memoria acaba de erigirse en la capital de Austria el monumento que en esta página reproducimos, obra comenzada por el notable escultor Tilgner, y que, por fallecimiento de éste, hubieron de terminar dos de sus discípulos. El monumento, que nos presenta á Makart en traje veneciano y en actitud un tanto teatral, se levanta en el parque de la ciudad: la parte más notable de la estatua es sin duda alguna la cabeza y tal vez sea esto lo único que Tilgner ejecutara por sus propias manos. — X.

* *

LA GRAN RUEDA DE PARIS

Desde el antiguo columpio cuyas sorpresas nos han legado los más famosos grabadores de la época de Luis XV, hasta las montañas rusas más complicadas, se han inventado todos los medios imaginables para movernos y agitarlos, y siempre esta clase de aparatos han alcanzado gran boga entre nosotros, cualesquiera que hayan sido nuestra edad y nuestra condición. Los caballitos de



LA RUEDA COLOSAL QUE SE ESTÁ CONSTRUYENDO EN PARÍS

los Campos Elíseos hicieron las delicias de nuestros primeros paseos, y hace algunos años, no se inventó un instrumento de tortura bautizado con el poético nombre de *tonel del amor*, en el cual le ataban á uno y lo lanzaban sobre un plano inclinado que recorría, metido en tan extraña cárcel, con la cabeza unas veces arriba, otras abajo, tan pronto en el aire como en posición horizontal?

Quizás esta afición tan pronunciada á las locuciones extravagantes constituye un caso psicológico digno de estudio: cuando el alma se encuentra en un estado intermedio entre la realidad y la locura, ¿se ve tal vez libre de todos los pesares y tristezas de esta vida? En esos momentos de vértigo, ¿somos los seres perfectos y acaso dichosos? Este estudio es demasiado complejo y escapa á nuestra competencia.

Los aparatos rotatorios, sean cuales fueren su eje y su movimiento, han tenido siempre un gran éxito: tal es el axioma que sentamos sin explicarlo. Este principio ha debido servir de base á los organizadores de esta pieza inmensa que se está terminando en el Campo de Marte y para cuya construcción no se ha vacilado en gastar tres millones de francos.

Imaginaos un eje colocado á 70 metros del suelo y que retiene por medio de tirantes á modo de radios una gran rueda de hierro de 100 metros de diámetro, de cuya llanta penden varias vagonetas móviles que cuelgan siempre en posición vertical durante el movimiento del sistema.

Este aparato, ¿para qué sirve? Para dar vueltas.

Si os colocáis en una de esas vagonetas y dejáis que os levanten, sentiréis que vais subiendo en un movimiento circular hasta una altura de 120 metros y en ello cada cual experimentará un placer distinto. El aficionado á las emociones quedará completamente satisfecho de esta expedición aérea; el alpinista descubrirá nuevos horizontes y podrá hundir su vista en un espacio de un círculo de diez ruedas de radio, y los mismos enfermos, los tísicos sobre todo, encontrarán en el aire puro y tónico de las regiones elevadas un elemento vivificador.

Únicamente con los medios de construcción que hoy se emplean podía realizarse un *tour de force* tan atrevido como la ejecución de esa rueda colosal. Para formarse idea de la importancia del aparato bastará decir que sólo el eje pesa 40.000 kilogramos: esta pieza, fabricada en Inglaterra, había sido conducida á Rouen; pero no habiendo allí una grúa bastante potente para levantarla, fué preciso transportarla á Hamburgo, desde donde fué trasladada por ferrocarril á París. Para llevarla desde Bercy al Campo de Marte hubo de apelarse á un inmenso carromato tirado por veinticinco vigorosos caballos y después de vencer mil dificultades pudo colocarse en la posición que ahora tiene y que puede verse en el grabado de esta página.

En Chicago y en Londres habíanse construído otras ruedas análogas, pero no tan grandes como ésta. En Londres, un día en que las vagonetas estaban llenas de viajeros, la rueda se paró de repente, y los pasajeros que se encontraban en los vagones de arriba hubieron de permanecer doce horas en esa crítica posición: en París se han adoptado todas las precauciones posibles para evitar tales contratiempos y para procurar que puedan siempre regresar á la tierra los que por unos momentos hayan intentado acercarse al cielo.

A. DA CUNHA

TRACCIÓN DE UN VAGON

POR UN GLOBO AEROSTÁTICO

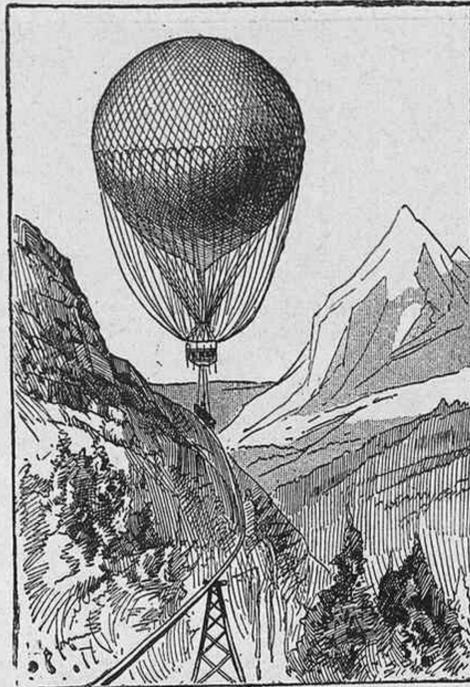
He aquí un sistema de transporte poco común que, al decir de algunos periódicos alemanes, se utilizará para que los turistas verifiquen la ascensión del Hochstauffen, el famoso monte de Baviera: en

vez del ferrocarril de cremallera, se utilizará un globo aerostático guiado por un riel enclavado en la vertiente de la montaña por medio de estribos de hierro distribuidos en espacios de cinco metros. Un aparato especial á modo de broche con polea retendrá el coche contra el riel y le servirá de guía mientras la fuerza ascensional del globo se empleará como motor para remolcar el vehículo. El descenso se efectuará en virtud de las leyes de gravedad, y el aerostático, convenientemente lastrado, actuará como freno: á este efecto se ha dispuesto un depósito que se llena con 500 litros de agua y que se puede vaciar más ó menos según sea el esfuerzo que se haya de producir.

Algunos pesos de hierro fundido sirven para compensar el número de viajeros que falten para llenar el vagón.

Los experimentos realizados en pequeña escala han dado resultados bastante satisfactorios para que los promotores de la empresa, los Sres. Volderaner y Brackebusch, hayan hecho un proyecto completo de la instalación definitiva. El globo tendrá 22 metros de diámetro y una fuerza ascensional de 4.500 kilogramos; el peso de la envoltura, del cable, del vehículo y de los accesorios será de 3.400 kilogramos, de modo que quedará disponible una fuerza de 1.100 kilogramos.

Esta instalación se hará mucho más de prisa y con mucho menos gasto que un ferrocarril de cre-



Tracción de un vagón por medio de un globo. Proyecto de ascensor en las laderas del monte Hochstauffen (Baviera)

maller; pero es de temer que el viento comprometa la explotación: en tiempo de calma, el sistema funcionará bien seguramente; pero cuando el tiempo se presente revuelto, nos parece que la ascensión ha de ser un tanto arriesgada.

De todos modos, la originalidad del ascensor se-ducirá indudablemente á buen número de turistas.

G. MARECHAL

LA PESCA Y EL TRANSPORTE DE PESCADO EN INGLATERRA

La pesca en el mar ocupa en la Gran Bretaña á unas 111.000 personas y 27.000 embarcaciones, y su producto ha podido evaluarse en 1897 en 207 millones de francos.

El transporte de una parte de esta pesca proporciona un contingente importante al tráfico de los ferrocarriles ingleses, contingente al que únicamente excede, desde el punto de vista de los ingresos, el que proporciona la hulla.

Durante el año último estos ferrocarriles han transportado 513.000 toneladas de pescado de mar (352.235 los ingleses, 150.000 los escoceses y el resto los irlandeses). En algunas líneas férreas los trenes que conducen pescado se suceden con intervalos tan regulares y tan cortos como los que transportan carbón de piedra.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Deposito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exigirse el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ & C^{ie}, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE
 Hemostático el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyeccion, ipodermica. Las Graageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Graageas de BERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ta} de Paris
 LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o. 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES & C^{ie} 81 St-Denis, 48

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los DRES JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Después del baile cuadro de M. Seña

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK



Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones
 curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — Depósito GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS
JORET HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FR. BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo,
 Acne y Dermatosis.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA,
 este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de
 Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades
 Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis.
 Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I — **CARNE-QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II — **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN